

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 15 de LA MODA.

1872. — TOMO XL.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administración general y Redacción : Passage Saunier, número 4, en París.

AÑO 31. — N° 1,021.

SUMARIO.

La fiesta de San Eloy en Tolon; grabado. — Un imposible. — Una ceremonia fúnebre en China; grabado. — El Dossé; grabado. — Revista de París. — Poesías. — La insurrección carlista en Cataluña; grabado. — Las hogueras de la velada de San Pedro en Angulema; grabado. — Salomé Gil. — Estudios históricos. — Allevard, su establecimiento termal y sus cercanías; grabados. — ¿Qué hará de ello? — Problemas de ajedrez; grabado. — Cocina ambulante de vapor para el ejército; grabado.

La fiesta de San Eloy en Tolon.

La fiesta de San Eloy en Tolon es idéntica á la de San Anton en Madrid, fiesta popular por excelencia, con la diferencia de que la francesa se celebra en otra estación, el 25 de junio.

San Eloy es en Tolon el santo patrono de las caballerías, y con este motivo el día de su fiesta engalanan á los caballos y á los asnos con soberbios penachos y

ramos de flores y los llevan al punto de reunión. El presidente da la señal de la marcha.

A la cabeza de la columna y al lado de la bandera de la Sociedad que preceden los tamboriles, se lleva una vara de la que cuelgan premios propios de los héroes de la fiesta, bridas, bocados, etc.

El presidente y los comisarios que se reconocen por su corbata y por la pica que llevan en la mano, marchan al frente del numeroso cortejo, de dos en dos con paso de procesion.

Llegados á la puerta de la catedral, en donde se ce-



FIESTA DE SAN ELOY EN TOLON. — Bendición de los caballos y los asnos.

Donet-Lange

lebra una misa mayor en honra de San Eloy, se colocan esperando la bendición, la cual tiene efecto al fin del oficio: el sacerdote rocía á cada montura que desfila en orden y con una gravedad académica. Cada jinete recibe un panecillo bendito, que tiene el don de curar los cólicos al cuadrúpedo en todo el curso del año; y el dueño guarda religiosamente el específico que administra á dosis menudas.

Los panecillos se fabrican á costa de la Sociedad, para lo cual van pidiendo trigo por los pueblos ocho días antes. Todo el mundo contribuye.

Después de la bendición se dirigen á guisa de paseo, al lugar en donde se van á efectuar las carreras y á disputarse los premios y la fiesta se termina con un banquete entre los socios.

En esta reunión proclaman el presidente para la fiesta del año próximo.

Los caballos y los asnos reciben doble ración el día de la fiesta, con lo cual todo el mundo queda contento.

R. S.

Un imposible.

DE JUAN Á MARGARITA.

Querida Margarita: Después de diez años de separación, voy, por fin, á volver á verte; porque ya no lo dudo, te vere.

Por una coincidencia extraña he sabido cuál es tu actual paradero, y mañana salgo de Madrid con el único objeto de ver tus hermosos ojos, en los que un tiempo leía yo todos tus pensamientos.

¡Cuántos habrás tenido desde que no nos hemos visto, y á ellos, por desgracia, habré yo sido ajeno!

Eramos los dos de la misma edad cuando nos separamos: teníamos diez y ocho años. Yo era casi un niño; pero tú me querías tanto, que á tu lado aprendí á amar con tanta vehemencia como un hombre; y sábelo, querida Margarita, no sé si porque aquel amor fué el primero, ó porque tú has sido la mujer que mas cariño me ha demostrado, lo cierto es que á nadie he amado ni tanto ni del mismo modo que á ti.

Diez años han pasado. ¡Cuántos acontecimientos han transcurrido desde entonces, y cuántas veces tu recuerdo ha venido á endulzar las horas mas amargas de mi vida! Ha habido momentos en que hubiera dado lo que mas estimaba, por verte un solo instante. Ya sabes cuán poco aprecio la vida; pero tengo fe en el porvenir, porque me acosa la ambición de dar celebridad á mi nombre; pues bien, créelo, querida Margarita, hubiera sacrificado cien veces mi porvenir por verte un solo instante, cuando mi pensamiento evocaba las horas dichosas que juntos pasamos en otro tiempo.

Viviendo en medio del torbellino de la capital, y habiéndome acostumbrado á esta existencia febril y calenturienta que tantos atractivos tiene y que embriaga hasta el punto de no concebir otra que pueda de igual modo satisfacer y contentar los gustos que hemos adquirido, he llegado á pensar que á tu lado podría ser feliz en el rincón mas solitario de la tierra, en el mas apartado del bullicio que me rodea. Y es porque recuerdo, querida Margarita, los venturosos días que pasamos juntos; días felices de los que quiero volver á gozar.

Ya habia perdido la esperanza de volver á verte. En estos diez años transcurridos, he preguntado por ti á cuantas personas he hallado de las que te conocían, y solo una te habia visto. Habias desaparecido de B... dos meses después de mi salida de allí, y solo tres años mas tarde supe por un amigo que habias estado en Valencia durante la temporada de baños.

Esta es la única noticia que de ti he tenido en tanto tiempo.

Tal vez tú hayas oído hablar de mí, tal vez en algun periódico habrás leído mi nombre al pié de un artículo, y puede ser que hayas creído que te he olvidado al ver que no bautizaba con el tuyo á ninguna de las fantásticas heroínas, hijas de mi imaginación. No es eso, querida Margarita, es que mi pasión ha tenido un pudor inconcebible, una delicadeza inexplicable: me parecía que si estampaba tu nombre iba todo el mundo á leer en mi corazón; suponía que yo no sería el único dueño de mi secreto, y que nuestro amor iba á perder uno de sus mas preciosos encantos: el que le da el misterio. Y es que en el fondo del alma, querida mía, reside lo que el hombre tiene de verdaderamente grande: allí están encerradas las venturas que no se conciben, los pensamientos que no se expresan y las desgracias que no se explican.

Allí, querida Margarita, está mi amor, mi único amor, que nadie conoce, porque tú misma has debido dudar de él.

No puedes imaginar con cuánto cariño lo he guardado y con cuánto fervor he conservado los recuerdos que le alimentaban.

Tú eres aun para mí la Margarita de hace diez años.

En este tiempo he perdido una á una todas mis ilusiones, he modificado todas mis creencias, he refor-

mado todas mis costumbres, y en medio de este inmenso naufragio solo ha quedado á flote, solo ha sobrenadado una cosa: el amor que te profesaba. Cien veces he vuelto con la memoria á los lugares que un día recorrimos juntos, y otras tantas he evocado las encantadoras escenas de aquellos venturosos tiempos. Mi pensamiento volvía al pasado y mi alma se regocijaba al recordar tus miradas, tus sonrisas y las cariñosas frases que un día te oí pronunciar; pero en vano te buscaban mis ojos: ya no estabas á mi lado. Si aquello no era un sueño, parecíase al menos á otra existencia anterior.

¡Figúrate, pues, cuál habrá sido mi contento al saber que iba de nuevo á oír tu voz, á contemplar tus hermosos ojos y á admirar tu encantadora sonrisa!

Aun dudo de mi felicidad y tiemblo ante la idea de que esto sea un sueño que va á desaparecer como las decoraciones de teatro en una comedia de magia, donde ora se contempla un paraíso lleno de encantos, y poco después se ve el infierno soñado por algun Busato de aterradora y sombría inspiración.

Pero no, yo te veré, no lo dudo, me lo dice el corazón, y este es un amigo fiel que no me engaño jamás.

Temiendo, ó mas bien, deseando que mi ausencia de Madrid sea larga, no salgo hoy mismo porque debo dejar arreglados algunos asuntos, pero te escribo para decirte que no vivo mientras no esté á tu lado.

Pasado mañana te abrazaré. Este pensamiento me vuelve loco; no imaginaba que aun podría yo ser tan feliz.

Adios, pues, hasta pasado mañana.

JUAN.

Madrid 7 de mayo de 1871.

DE MARGARITA Á JUAN.

Querido Juan: Recibir una carta tuya al cabo de diez años, es para mí un acontecimiento, si no imprevisible, al menos sorprendente. Después de tu salida de B... estuve esperando en vano noticias tuyas durante dos meses. ¡Loca de mí! ¡llegué á creer que un niño de diez y ocho años, á quien yo tanto habia querido, podría acordarse de mí aunque estuviera ausente! Ha sido preciso que pasen diez años, es decir, lo mejor de mi vida, para que llegara á saber que aun no me habias olvidado. Esto, que debería enorgullecerme, porque al fin es la prueba de que ninguna mujer ha podido borrar mi nombre de tu memoria, solo me causa hoy una profunda tristeza, cuando en otro tiempo era lo que mas anhelaba, era mi único sueño. Dices que yo siempre sere para ti la Margarita de hace diez años. ¡Ay! ¡cuán poco conoces el corazón humano y cuántas ilusiones conservas aun! No, yo no soy, yo no puedo ser para ti la misma Margarita; aquella no tenia mas que diez y ocho años, y la juventud es la edad del amor; esta tiene ya veinte y seis, y á esta edad, una mujer que ha empezado á amar siendo joven, tiene agotados ya los tesoros de ternura que su corazón encerraba. Nuestra edad es la misma, y sin embargo, hay entre los dos una distancia inmensa: tú te encuentras ahora en lo mejor de la vida, y yo, aunque me cueste pronunciar esta frase horrible, la diré, ¡yo ya voy siendo vieja!

Tú no has pensado en todo esto, y has creído ¡desgraciado! que ibas á encontrar á la Margarita que abandonaste hace diez años lo mismo que la dejaste entonces; con las mejillas sonrosadas, el cutis fresco, airoso el porte y expresiva la mirada. ¿No sabes, infeliz, que todos esos encantos los perdemos nosotras en muy pocos años?

Estas reflexiones, que ahora traslado al papel, las he hecho al leer tu carta, y me he espantado ante el efecto que mi transformación, llamémosla así, te iba á causar. He temido ver en tu rostro retratada la desilusión, pintado el desencanto que mi vista te produciría, y no me he atrevido á presenciar tan horrible escena. Por eso, al saber que llegas, abandono la población y te dejo escrita esta carta, que te entregará mi buena nodriza; ¡pobre anciana! ella no se ha separado ni se separará nunca de mí. Ella está encargada de enseñarte mi retrato, si es que deseas verlo, y por ese retrato podrás ver la diferencia, física se entiende, que hay de la Margarita de hoy á aquella otra que conserva tu memoria.

Decir todos los pensamientos que han cruzado por mi imaginación al leer tu carta, al saber que venias, sería empresa difícil.

¡Cómo! ¿Has creído que ibas á encontrarme como me dejastes hace diez años, cual si fuera un tesoro que habias escondido bajo tierra? ¿Pero no hubieras temblado mil veces por el tesoro aquel mientras estabas lejos del punto en que lo guardaste? Y al ir á buscarlo, ¿no habrias sentido oprimido el corazón, sospechando que tal vez habia desaparecido? ¿Y has creído, ¡desgraciado! que yo, viviendo á la vista de todo el mundo, en pleno día, á la luz del sol, corria menos peligro que el tesoro escondido bajo tierra? ¿Cómo temblando por aquel, suponiendo que podía ser descubierta, no has temblado por mí, no has sospechado que al cabo de diez años podía haberse apoderado de mi corazón otro hombre?

Un día, por casualidad, por una coincidencia extraña, como tú dices, has sabido mi paradero y has di-

cho: « ¡Allá voy! » y con el corazón alegre, como el que ve realizado un capricho que apenas se atrevió á soñar, habrás añadido: « ¡Qué contenta se va á poner ella! » Es cierto, un día así hubiera sido; pero han pasado diez años, y en tanto tiempo no te ha ocurrido preguntar por mí, mas que á las personas que nos habian conocido, y con las que, por casualidad, tropezabas en tu camino.

Tal vez, ¡oh mi querido Juan! como en otro tiempo te llamaba, te parezca injusta al expresarme así; pero si supieras lo que he sufrido, hallarias mis quejas justificadas. Además, sábelo, tu carta me ha causado un pesar profundo; al leerla he comprendido que la existencia que yo habia soñado era realizable, y sin embargo, no lo ha sido, ni puede serlo ya.

¿Comprendes la amargura que esto me ha causado? He visto mi existencia manejada por el azar, tomando un rumbo contrario á su naturaleza; y como una cosa que se dedica á un objeto distinto de aquel para que fué hecha, la he visto destruida, aniquilada y rota antes de tiempo sin haber dado el fruto que de ella debia yo esperar.

¡No es verdad que esto es doloroso!

Pero basta ya. Además, ¿de qué sirven las quejas cuando el mal no tiene remedio?

Vuelve á Madrid; y ya que el olvido no sea posible, acordémonos del pasado como de un sueño... y nada mas.

Sevilla 9 de mayo.

DE JUAN Á MARGARITA.

Si grandes han sido mis culpas, grande es tambien la expiación. ¿Quién me habria dicho, en otro tiempo, que no saldrias á mi encuentro cuando yo llegaba? ¿Cómo podía yo imaginar que huirias de mí? Tal es el dolor que esto me ha causado, que en los primeros instantes ni pensar podía: las ideas se aglomeraban en mi mente, y solo producian la confusión y el caos. Después, con mas serenidad, he comprendido que tus quejas son justas; pero aun busco en vano la razón, por la cual te has ausentado de Sevilla cuando yo llegaba.

Tu nodriza no ha querido decirme á dónde has ido; pero me ha prometido que esta carta llegará á tus manos. Ahora yo te ruego, yo te lo suplico que vuelvas; porque para buscarte, si es preciso, daré la vuelta al mundo. Has creído que en diez años he tenido tiempo de sobra para indagar tu paradero. Tal vez tengas razón, y al pronto así lo parece; pero si tú supieras lo que es la vida para el que ha soñado con la celebridad, puede ser que modificaras tu opinión. No hay esclavo mayor, que el que lo es del brillo de su nombre: es preciso estar siempre en la brecha, no abandonar jamás el campo de batalla, y mucho menos si no se sabe á dónde ir ni cuándo se volverá. A veces se piensa en romper esta cadena; pero entonces se recuerdan los sufrimientos pasados por adquirir un nombre, y en aquel instante la obra que se quiere llevar á cabo aparece mas grande y fuera un crimen abandonarla entonces. Del mismo modo, una madre quiere mas á aquel de sus hijos que mayor número de lágrimas la hizo verter. Tal es la ley de la naturaleza: el que se aparta de ella es un monstruo.

A una mujer vulgar no diria estas cosas; porque tal vez no me entendiera; pero hartó sé que en tu alma caben todas las grandes ideas, como en tu corazón los sentimientos mas elevados.

He visto tu retrato, querida Margarita, y lo que llamas tú transformación no me ha chocado tanto como presumes. Tu carta me habia puesto en cuidado. ¿Si se habrá vuelto fea? me preguntaba. Afortunadamente no es así: tu mirada es siempre tan serena; tu hermoso cabello, tan negro: y es angelical, como antes, tu sonrisa. Es cierto que estás algo mas gruesa; pero es cosa sabida que entre los veinte y los veinte y seis años casi todas las mujeres adquieren cierto *embonpoint*.

Dices tambien que te vas haciendo vieja. Esto me recuerda una historia que te voy á referir; porque la estratagema de que se sirvió la heroína de ella, para alejar á uno de sus adoradores, se parece bastante á la que tú empleas conmigo.

Érase, pues, una actriz de la que estaba enamorado un joven que gastaba con ella el oro y el moro, como vulgarmente se dice. El padre del pródigo galán llegó á aperebirse de que su hijo estaba abriendo en su fortuna una brecha formidable; y sabiendo que la actriz era la que devoraba su patrimonio, no encontró mejor medio de contener el mal, que ir á ver á la dama y suplicarla que diera al enamorado joven con la puerta en las narices; porque si así no lo hacia, padre é hijo se verian muy luego obligados á pedir limosna.

Cuéntase que la actriz se sintió conmovida al oír las quejas del anciano, al que despidió diciéndole que podía vivir tranquilo, pues que ella se encargaba de poner pronto y eficaz remedio.

La dama era hermosa, era joven y elegante; tenia todas las condiciones que se pueden exigir á una mujer dedicada á reblandecer los sesos y á aligerar el bolsillo de una generación de Tenorios de bastidores. Era además ingeniosa; y habiendo visto á los hombres

de cerca, sabía dónde tenían el talon de Aquiles, es decir, el punto vulnerable.

El enamorado doncel era muy joven y bastante tonto: fijábase mucho en si su corbata tenía el lazo bien hecho y en si el cuello de su camisa estaba bastante almidonado; admitía que una mujer no tuviera talento; pero le chocaba sobremedera que llevara guantes algo usados ó no del todo ceñida la bota al pie.

La hermosa actriz, que había notado en su adorador todas estas debilidades, comprendió que podía sacar partido de ellas para cumplir su palabra.

Atavióse, pues, del modo mas ridiculo que pudo: se tiznó la cara con carbon, se puso unas medias rotas, calzó los anchos zapatos de su cocinera, y ciñó su cabeza con un pañuelo de cuadros, haciendo en él un nudo que, por lo extravagante, hubiera arrancado una carcajada al inglés mas taciturno. Cuando su doncella le anunció la llegada del enamorado joven, se sentó en el suelo, metió su hermoso brazo en una de las botas de su cochero, y untando de betun un cepillo, empezó á frotar.

El joven entró. Al contemplar á su Filis en tan democrática postura, el pobre muchacho se quedó atónito.

Avergonzado de sí mismo, al pensar que había besado aquella mano que estaba dentro de la bota del auriga, el desencantado galán no pronunció una sola palabra: volvió los talones y se fue como si le persiguiera alguna fatídica vision. Estaba curado de su amor.

Tal es la historia, querida Margarita. Ahora bien; ¿no te parece que tu estratagema es algo parecida á la que usó la actriz? Pero yo no me desencanto y te espero con los brazos abiertos.

Sevilla 10 de mayo.

DE MARGARITA Á JUAN.

Creía, querido Juan, que al leer mi carta renunciarías al deseo de verme; pero ha sucedido lo contrario. Lo debía esperar. Cuando los hombres tratan con nosotras, se parecen á los niños: basta que se les niegue una cosa ó que vean alguna dificultad en conseguirla, para que la deseen con mas empeño. Sea, pues, ya que lo quieres. Estoy temblando al escribir esto, porque preveo lo que va á suceder; pero no quiero que arrojes sobre mí una culpa que es tuya; y ya que á mis razones no atiendes ni te dicen nada los presentimientos, quiero que el tiempo y los sucesos te abran los ojos que te empeñas en cerrar por no ver lo que va de ayer á hoy.

Yo, que no ignoro las consecuencias que esto tendrá, me impongo el sacrificio horrible de ver dentro de poco deshechas todas mis ilusiones y evaporados todos mis ensueños; porque yo también vivía mas con los recuerdos del pasado que con las penas del presente.

Hoy escribo á mi nodriza para que prepare el viaje y lleve todo lo necesario á F..., cerca de cuyo punto tengo una preciosa casita que habito durante el verano; ya sabes que Málaga no dista mucho de allí, y si no conoces el pais ya verás que es á propósito para dos amantes que se adoran. ¡Lástima que hace diez años!... Pero... la suerte está echada, y allí te espero dentro de ocho días.

Cádiz 12 de mayo.

DE JUAN Á CARLOS P.

Amigo Carlos: Tu carta me ha producido el efecto que me causaría la misiva de un habitante de Saturno, si en aquel planeta hubiera algun ciudadano que se dignara escribir á un habitante del mundo sub-lunar.

Parece mentira que en tan poco tiempo hayan ocurrido tantas cosas; y mas extraño me parece aun que yo las haya ignorado hasta que tú me has dado cuenta de ellas. Acostumbrado á la publicidad que en todos los grandes centros se da á los acontecimientos, apenas sospechaba que podía haber un rincon en España donde se ignoraba todo cuanto en Madrid sucede; y si hubiera oído decir á alguno que muchos españoles no saben cuál es el ministro que está en el poder, es seguro que tal aserto me habria parecido exagerado.

Hoy comprendo mi error: aquí y sin duda lo mismo que aquí en muchos puntos, cuando se habla de un ministro entiéndese que se hace referencia á Narvaez ó á O'Donnell, pues estas gentes creen que aquellos varones se pasean aun por Madrid; y si esto sucede á los tres años de la revolucion de setiembre, calcula tú cuándo llegarán á estos lugares los nombres de Camacho y de De Blas.

Si los hombres que á la política se dedican, son aquí tan poco conocidos, ya puedes suponer lo que les sucederá á los que cultivan las letras y las artes. Sin embargo, debo confesar que el nombre de don Emilio Castelar ha llegado á estos lugares, pues el otro día

tropecé con un labriego que me preguntó si había oído alguna vez al gran orador. Verdad es que este campesino es uno de los pocos de esta bendita comarca que sabe algo de lo que en el mundo ocurre, pues ha llegado hasta él la noticia de la muerte de Prim, acaecida hace ya seis meses.

Pero vamos al asunto. Hace un mes que estoy aquí, y como en este tiempo no he visto un solo periódico, ya comprenderás que todas tus noticias me han causado el efecto de una última hora de *la Correspondencia*.

Esta completa ignorancia de cuanto ocurre tiene tambien sus inconvenientes, porque da á la existencia una monotonía insoportable para el que como yo está acostumbrado á la vida activa y agitada de la capital.

Este pais es un verdadero paraíso que tiene tambien su Eva y su Adán; solo echo de menos la serpiente.

Porque la serpiente, amigo Carlos, ya que no otra cosa, representa al menos un desenlace, y esto es justamente lo que me hace falta: ¡un desenlace!

Margarita y yo hemos empezado una novela de la que somos los principales personajes: hasta ahora todo ha ido perfectamente; los acontecimientos se han desarrollado con bastante naturalidad; no hemos hecho grandes esfuerzos ni ella ni yo para sostener el interés; y así, hemos ido emborronando cuartillas, ó para hablar con mayor claridad, pasando los días. Pero es el caso que todos los días se repiten los hechos del día anterior, con una precision y una monotonía aterradoras; y hasta los diálogos carecen de variedad: se repiten casi siempre las mismas frases que traen á la memoria los mismos sucesos, al labio la misma sonrisa y á los ojos la misma mirada. Ya ves que esto es abrumador.

Pero lo que mas me aterra es que Margarita parece conformarse con esta existencia, y ni siquiera sospecha, segun yo creo, que el hastio empieza á devorarme.

He querido trabajar, ocuparme en hacer algo; pero mis esfuerzos han sido inútiles: esta inacción me ahoga, esta tranquilidad es la vida de la muerte; las horas todas se deslizan con la misma impasible lentitud: parecen horas de espera, cuyo término se alcanza en vano, porque tras una viene otra, sin saber jamás cuál será la última.

Tal es mi situación, querido Carlos. Ahora bien; ¿dónde está el desenlace de esta novela, la serpiente de este paraíso, la última hora de esta existencia?

A no ver lo que me sucede no lo creería. Estoy con una mujer á quien adoro, que ha sido el sueño de mi vida, por la cual hubiera dado cuanto tengo; y sin embargo, la ansiedad me devora, estoy disgustado, intranquilo, descontento.

Decididamente es para volverse loco: yo no sé por qué el corazón y la cabeza no están siempre de acuerdo.

Si tú lo sabes, harás un gran favor á tu mejor amigo explicándole este enigma.

F... 25 de junio.

DE CARLOS Á JUAN.

Si Margarita te lo consiente, prepara la maleta y ven cuanto antes. Me parece que aquí podrás hallar el desenlace que pides con tanta necesidad.

Madrid 28 de junio.

DE JUAN Á CARLOS.

No he necesitado volver á Madrid para hallar lo que apetecía; y así debía ser, porque es mas lógico y natural que brote la serpiente de entre los matorrales de este pintoresco y florido vergel, que de entre dos adosquines de la capital. Y la serpiente, al fin, ha aparecido. Hé aquí de qué manera.

Desde que recibí tu última carta buscaba un pretexto para ausentarme, aunque no fuera mas que durante ocho días; pero á pesar de que esto hace poco honor á mi ingenio, debo confesar que había pasado ya la mitad del mes de julio y nada se me había ocurrido aun para llevar á cabo mi proyecto sin que tuviera el aspecto de una huida. Como es natural, esto me tenía de un humor detestable, y á pesar mio la pobre Margarita sufría á veces las impertinencias que me inspiraba mi mal humor.

Nuestra situación se iba haciendo mas violenta por instantes, hasta que al fin Margarita me suplicó anteayer que la dijera con franqueza si no estaba contento y si de ella tenía alguna queja.

Aunque al principio contesté con evasivas, tanto me apuré y tan oportuna me pareció la ocasión, que al fin la di á entender que aquella existencia no me satisfacía.

— Así lo temía, me contestó, y no dirás, por cierto, que mis presentimientos no se han cumplido.

— Sin duda, repliqué, tenías interés en que se cumpliera...

— De ningun modo, dijo, pero desde hace un mes sé que no me quieres.

— ¿Quién ha podido hacerte sospechar tal cosa?

— Tú mismo, contestó.

Aquí, como puedes comprender, Margarita hizo una relación detallada, detalladísima de cuanto entre nosotros había ocurrido durante dos meses. Ni una palabra, ni un gesto, ni una mirada mía había pasado desapercibida para ella: todo lo había observado, estudiado, comentado.

¡Y yo que creí que no notaba nada!

— Así, pues, dijo terminando, sé franco, dí que no me quieres; pero no, no lo digas, que hartó me lo has probado. Confiesa que te has equivocado; has creído que me amabas y solo amabas mi recuerdo.

Separémonos, pues, como buenos amigos; porque ya hemos podido conocer en estos dos meses que nuestros gustos han variado mucho y que nuestras almas van en busca de un ideal distinto. Así debía suceder: no en vano hemos vivido separados durante diez años. Aspirábamos á un imposible: quisimos resucitar el pasado, y el pasado no vuelve.

Confesemos que nos hemos equivocado.

Después de esto, amigo Carlos, ya no quedaba que hacer mas que una cosa: preparar el equipaje y marcharse.

Mi baul está ya dispuesto, y mañana salgo para Sevilla, donde debo esperar, raro capricho, una carta de Margarita: la última que me escribirá.

Antes de quince días estaré en Madrid, y tendré el gusto de abrazarte.

F... 25 de julio.

DE MARGARITA Á JUAN.

Hace ya bastantes años que los vecinos de B... tuvieron muchas veces ocasión de ver á dos jóvenes amantes que cruzaban juntos las calles del pueblo y paseaban muy á menudo por sus pintorescos alrededores.

¡Qué hermosa pareja! decía uno al verlos pasar. ¡Y cómo se quieren! exclamaba otro. Parece, añadía un tercero, que Dios los ha criado para vivir juntos.

No había en el pueblo un hombre que no envidiara al afortunado amante, ni una muchacha de alta ó humilde clase que no apeteciera la dicha de que disfrutaba la enamorada joven.

Tú los has conocido, tú sabes como yo cuánto se amaban y los proyectos que para el porvenir hacían los dos. Aquella felicidad era demasiado grande: debía concluir, porque Dios no quiere sin duda que los humanos gocen en este mundo de las delicias reservadas para los que van al paraíso.

Y aquella ventura tuvo un término.

El amante se ausentó del pueblo: fué á Madrid á acabar sus estudios; pero al partir, ofreció dar á menudo noticias suyas, y juró no olvidar jamás á la que había amado. Y digo « que había, » porque sucesos posteriores vinieron á probar que no la amaba ya.

Un mes pasó, un mes eterno para la pobre muchacha que esperaba todos los días noticias de su amante. No puedes imaginar lo que sufrió durante aquellos días. Por fin ella se decidió á escribir, mas tampoco recibió contestación. Así pasó otro mes, esperando siempre que el día siguiente sería para ella mas venturoso; pero en vano, todos eran iguales. En todos brillaba al amanecer el sol de la esperanza, mas todos se nublaban por la tarde con las sonbras del desengaño.

¡Cuánto padeció entonces aquella infeliz mujer que tan dichosa era poco antes!

Los dolores del alma dejan siempre en el cuerpo huellas profundas; así es que la salud de la joven empezó á resentirse, y para contener el mal que iba arraigándose con una velocidad espantosa, los médicos aconsejaron á la familia de la enferma que la sacara del pueblo, donde todo lo que veía llevaba á su memoria el recuerdo del amante infiel.

Para que el remedio fuera mas eficaz, decidieron los padres de la joven á emprender con ella un largo viaje, pensando que, de este modo, la distracción sería mayor y mas radical el resultado.

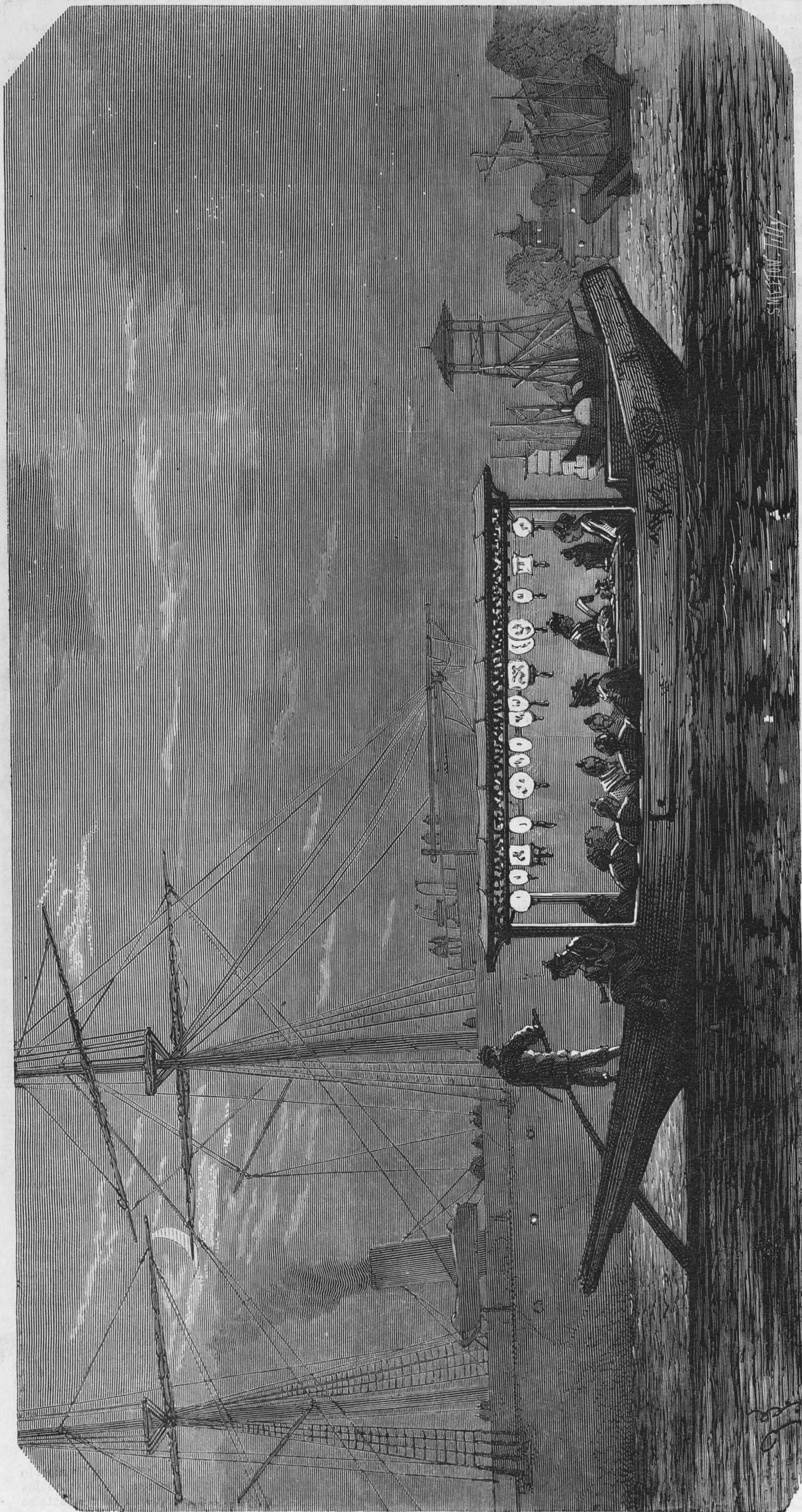
Así fué, en efecto; pues aunque la infeliz no consiguió olvidar al que tan despiadadamente la había abandonado, pudo al menos acostumbrarse á vivir con su desventura, pensando que su dicha pasada debía considerarse como un sueño, tanto mas hermoso, cuanto mas horrible había sido el despertar.

Cuatro años pasaron, al cabo de tanto tiempo ni una sola vez tuvo noticias de su antiguo amante; y obedeciendo entonces á los ruegos de su familia, se decidió, por fin, á casarse en Sevilla, donde residía á la sazón, con un capitán de fragata que pertenecía á una de las familias mas ricas de Andalucía.

Esto tal vez te sorprenderá. ¿Pero qué había de suceder? ¿No había esperado bastante? ¿Debian ceñir su frente las tocas de la viudez sin haber sido esposa?

Pero su casamiento fué poco afortunado. Su marido se entregó á una vida de disipación y de escándalos que produjo las consecuencias que de tal conducta se debía esperar.

Al cabo de dos años los dos esposos se separaron.



Un entierro en la China.

Ya ves con cuánta insistencia me ha perseguido la desgracia, pues ya habrás comprendido que esa infeliz soy yo.

Lo que mas tarde pasó ya lo sabes. Estos no son mas que algunos detalles que tú no conocias, y he deseado que recibas esta carta en Sevilla, para que puedas cerciorarte de que son verídicos; pues acaso te ocurra dudar de algo. Tal vez te sorprenda el no haber sospechado nada de esto durante los dos meses que has vivido conmigo; pero esto te probará que tambien las mujeres sabemos guardar un secreto, pues mi fiel nodriza ha seguido al pié de la letra todas mis instrucciones.

Voy á concluir.

Hoy es dia de arrojar la máscara y de hablar claro: voy, por consiguiente, á hacer una última confesion.

Nos empeñamos en resucitar el pasado y esto fué una locura. Yo lo creia harto difícil; pero solo comprendí que era imposible, cuando te volví á ver.

Mi amor te habia poetizado de tal modo que para mí tú no eras como los otros hombres, eras superior á todos ellos. Cuando ví que aparecias ante mis ojos tal cual eras y no tal como yo te habia soñado, comprendí que mi primer amor habia muerto.

Esto mismo te habrá sucedido á tí.

Nuestro amor es, pues, un cadáver.

Enterremos á los muertos.

Adios, por última vez.

FABIAN ORTIZ DE PINEDO.

F... 28 de julio.

Una ceremonia fúnebre

EN LA CHINA.

Hace algunos dias, escribe el autor de nuestro dibujo, hemos presenciado una interesante ceremonia organizada en memoria de unas treinta víctimas chinas que hallaron la muerte en uno de esos accidentes tan comunes en los peligrosos mares del extremo Oriente.

En medio de sus numerosos defectos poseen los chinos dos cualidades que deben hacerles perdonar muchas cosas y son: el amor á la familia llevado al exceso, y un profundo respeto por sus difuntos.

Sus vastas llanuras están cubiertas, en las cercanías de las ciudades, de monumentos fúnebres contruidos con mucho cuidado, y á veces con mucho arte: regularmente esas tumbas no son mas que unos montones de tierra bajo los cuales yacen sepultados los féretros de madera barnizada, adornados con bajo-relieves de metal ó de madera, en los cuales depositan los chinos á sus difuntos.

Bajo este concepto, no es de extrañar que las familias de las víctimas á que nos referimos, dispusieran inmediatamente una especie de ceremonia expiatoria.

Con efecto, una de estas últimas noches, una grande embarcacion del pais, iluminada con faroles chinos, bogaba por el rio de Shang-hai.

En esta embarcacion habia un músico con una especie de trompeta que producía sonidos melodiosos.

Sentados en torno de una mesa en la que habia diversos manjares, entre otros un cerdo entero, ofrenda á Buddha, cantaban los bonzos las oraciones de los difuntos, sobre un compás sagrado. Algunas mujeres, probablemente esposas de las víctimas, venian de pié entre ellos; una de aquellas mujeres, arrebatada por el fanatismo, se arrojó al agua, pasó por debajo del barco y apareció al otro borde. A la cabecera de la mesa tenian tres ídolos que á cada



COSTUMBRES ORIENTALES. — El Dossé : ceremonia del regreso de los hadjis al Cairo ; los fanáticos en el camino del cheick.

instante recibían ofrendas, consistentes en pajuelas chinas encendidas.

A proa de la embarcación había un buquecito en miniatura que representaba el vapor inglés, á cuyo bordo se ahogaron los treinta chinos, y un pequeño junco de guerra como ofrenda á las víctimas, sin duda para dar á sus almas lo que no habían podido tener sus cuerpos, un medio de salvación.

La noche estaba serena, la luna alumbraba con una luz indecisa los perfiles lejanos de las orillas del río. Toda la naturaleza parecía cubrir con un velo de tristeza y de melancolía aquella escena fúnebre.

La embarcación pasó junto á nuestro buque, luego se alejó y desapareció en la noche: los quejumbrosos sonidos del oboe chino, se fueron perdiendo por grados, hasta que por fin todo volvió al silencio.

KOENIO.

El Dossé.

Una de las fiestas más populares del Cairo es el Dossé ó regreso de los Hadjis de la Meca. Esta secta que posee la propiedad de hechizar á las serpientes, de curar las llagas y de preservar de muchos males á todos los que forman parte de ella, se halla en gran veneración en Egipto y en todo el Oriente. El gran cheik de los hadjis El-Selim Bekre, hace ese día su entrada en el camino humano que se extiende de Boulak al Cairo. Nada más extraño ni conmovedor que el espectáculo de esos creyentes, convencidos de que el medio más seguro de ganar el cielo es correr el riesgo de romperse una costilla.

Prevenidos con anticipación, pues la época de la fiesta no puede fijarse exactamente, en razón á que se efectúa el día en que la luna está en el último cuarto, nos colocamos mediante la protección de los cawas, cerca de la tienda de un cheik y esperamos un par de horas sufriendo los rayos de un sol implacable.

Al cabo de este tiempo notamos un gran movimiento en la muchedumbre, con un ruido de taraboucks y de flautas: el aire está impregnado de olor á hashich; la procesión comienza.

Una porción de hombres de todas condiciones, jóvenes en su mayor parte, se tienden boca abajo tocándose de codos, y estrechándose lo más posible unos contra otros, para formar la alfombra viva por encima de la cual pasa á trote corto el pesado caballo blanco tradicional, que llevan de las riendas dos sahis.

El gran cheik que le monta, lleva en la cabeza un inmenso turbante verde y parece extasiado, indiferente á los gritos, á los aullidos, á los hurras frenéticos de aquella muchedumbre ebria.

Pasado el cortejo el fellah se levanta si tiene la fortuna de haber quedado sano, y se mezcla haciendo contorsiones con su corporación á cuya cabeza se destacan grandes banderas abigarradas en las que se leen versículos del Corán.

Si no obstante sus esfuerzos tiene la fortuna (así se cree) de haber recibido alguna contusión, le levantan inmediatamente y le llevan al través de la muchedumbre, en medio de un ruido infernal de taraboucks y de flautas, y es una grande alegría para él y para los suyos, pues si muere de resultas de sus heridas, tiene el cielo abierto y Mahoma le reserva un puesto en su diván ó en medio de las más bellas huries de su paraíso.

Está sentado como principio que jamás el caballo del profeta ha podido hacer daño á un verdadero creyente.

Dossé significa en árabe: marchar apoyándose.

A. D.

Revista de Paris.

Si dijéramos que Paris no se ocupa más en estos días que del empréstito de tres mil millones de francos que se destinan, como es sabido, á completar el pago de la indemnización de guerra, diríamos poco, porque no es solo Paris, es toda la Francia, son las principales plazas del extranjero. Desde que el domingo último se anunciaron las condiciones, y se fijaron los días de la suscripción, 28 y 29 de este mes de julio, diríase que no hay en Europa otra cuestión para todo el mundo que la de esta asombrosa operación financiera. De Londres, de Berlin, de Viena, de Bruselas llegan á Paris las noticias más satisfactorias sobre el éxito probable del empréstito nacional de los franceses. Nadie pone en duda ni remotamente, que deje de cubrirse la suscripción: lo que se discute son las veces que quedará cubierta. Las apreciaciones varían entre tres y cinco veces; esto es, se calcula que en lugar de los tres mil millones de francos que necesita el gobierno, se le ofrecerán nueve ó quince mil millones; y por lo tanto se aconseja á todo suscriptor que triplique su suscripción, cuando menos.

No hay ejemplo de una negociación de esta clase que

haya excitado á tan alto punto la imaginación de los financieros de toda Europa. Dígase lo que se quiera en cuanto al pensamiento de especulación que pueda guiarnos en su entusiasmo por el nuevo empréstito, lo cierto es que si todos no vieran primeramente condiciones ventajosas y después una seguridad incontestable en el país que ofrece sus valores, no asistiríamos á semejante espectáculo.

Hay personas que temen para el resultado final esta intervención tan decidida de los especuladores; pero los hombres competentes en la materia afirman que por el contrario, los establecimientos de crédito, los banqueros y grandes capitalistas que representan esa especulación, son justamente los que asegurarán el éxito final, conservando en sus carteras para venderlos paulatinamente y á precio ventajoso, los títulos que recojan en la suscripción pública.

Creemos que están en la verdad los que tal dicen.

Con efecto, el suscriptor perteneciente á la clase de los particulares que no toma más que lo que puede pagar en los veinte meses que concede de plazo el gobierno para la liberación definitiva, no puede absorber más de un tercio de la suscripción, pues no es dado suponer que los ahorros disponibles en una nación, excedan de mil millones de francos en un momento determinado. Aun es mucho decir, y hacer muy rica á la nación cuyos individuos poseen tales ahorros.

Pero estos mil millones no constituyen más que la menor parte del total del empréstito, menos de un tercio, puesto que con los gastos asciende á más de los tres mil millones; y aquí resulta evidente la utilidad de que intervengan los especuladores, que compran, digámoslo así, al por mayor, guardan y revenden en pequeñas partidas la cantidad de rentas que el público no podría comprar hoy, y que irá comprando conforme reconstituya sus economías.

Si la Francia necesita tres ó cuatro años para hacerse con los dos mil millones restantes, los banqueros, conservarán ese tiempo los títulos; y parécenos justo que tengan por ello su remuneración, la cual estará representada por esa prima, objeto de aversión para los que no conocen las condiciones en las que el capital se aviene á prestar sus servicios.

El nuevo 5 por 100 que se emite á 84 francos 50 céntimos está ya en la Bolsa á 86 y nadie duda que irá subiendo hasta llegar á 90.

Ahora bien, como los banqueros serán los poseedores de la mayor parte de los títulos comprados á 84 francos 50 céntimos, ellos serán los dueños del mercado, procurarán la alza para sus ventas y los suscriptores lejos de haber perdido con su intervención, se encontrarán que han ganado mucho.

Tal es la economía de la operación que harán los capitalistas; y se resume como acabamos de ver en un beneficio para todos.

Nos han parecido necesarias estas observaciones para explicar el ardor del público francés y extranjero en presencia de la nueva emisión; pues aunque debemos creer que en Francia el patriotismo contribuye mucho, en el extranjero no puede entrar en cuenta el mismo elemento y si solo la cuestión de intereses.

Por lo demás diremos también, que fuera de este asunto, las novedades de la semana ofrecen poca importancia para la crónica parisiense.

Podríamos hablar de los calores excesivos de estos últimos días, que han llegado á 34 y 36 grados centígrados á la sombra, causando algunas muertes repentinas; pero la materia se acaba pronto. Con decir que los baños del río pululan de gente, que no se oye en Paris más que un gemido unánime contra esta temperatura tórrida, está dicho todo.

¡Con cuánta exactitud escribía Arsène Houssaye haciendo la definición climatérica de Paris: «Llueve siete días por semana!» Efectivamente, cuando deja de ser así los parisienses no se encuentran á gusto, temen morir asfixiados. El calor les desespera. Verdad es que el calor representa un enemigo terrible de la actividad humana: los hombres de negocios en Paris necesitan cierta temperatura propicia al movimiento que no es la de 34 grados á la sombra. Prefieren, y con mucho, los siete días de lluvia de Arsène Houssaye.

A propósito de la actividad parisiense, debemos consignar aquí lo que arroja de sí la librería.

Es un diluvio de nuevas publicaciones.

Sin que se haya agotado aun el ramo relativo á la guerra extranjera y la guerra civil, se nota sin embargo, una disminución en las producciones de este género; pero en cambio se agitan mucho todas las cuestiones referentes á la organización del país y á la curación de sus llagas.

En este orden de cosas señalaremos hoy un estudio de M. P. Céré sobre las poblaciones peligrosas y las miserias sociales, que debe llamar la atención de los gobiernos, pues el autor tiene por cierto que no solo las poblaciones peligrosas de Francia sino las de Europa, han contribuido á los desastres que hemos presenciado en la guerra y después de la guerra.

M. P. Céré pide que se reorganice la familia, para lo cual es preciso previamente tomar enérgicas medidas contra ciertas clases y adoptar distintas disposiciones en favor de determinados individuos.

Y sobre esto enumera las plagas del estado social que exigen un remedio inmediato.

Quiere que la ley sea obedecida en lo que se refiere á la mendicidad, que abunda más que nunca á pesar de los reglamentos que la prohíben.

Clama porque se atienda á la legión de 40,000 penados cumplidos que hay en Francia que pasan su vida haciendo fechorías, lejos del trabajo y de las buenas costumbres.

La prostitución clandestina ofrece cada día mayores peligros.

La enseñanza primaria está tan poco difundida que más de la tercera parte de la población francesa no sabe leer ni escribir.

Los ociosos y los vagos aumentan más y más cada día.

El salario que gana la mujer trabajadora es insuficiente para su subsistencia.

Todos los años entran en las cárceles de Francia más de 300,000 individuos; y de este número, la mayor parte son solteros ó viudos sin hijos.

Luego, el sistema de las cárceles es fatal para los que pasan por ellas, sin estar enteramente corrompidos todavía.

Lejos de corregirse, el vagabundo se convierte en criminal.

Así sucede que más de los seis décimos de los malhechores que prenden en Paris han tenido ya que haberse las antes con la justicia, y eso que, en gran número, no son todavía mayores de edad.

En 1867, los tribunales condenaron á 8,216 hombres y 2,196 mujeres; esto es, más de 10,000 personas que quedaron sometidas á la vigilancia de la policía después de cumplir las condenas.

No se extrañe pues, que sea tan crecido el número de individuos salidos de las cárceles que nos rodea.

Hay capítulos muy interesantes en este curioso é instructivo libro.

El de los mendigos y los vagabundos contiene detalles de todo punto inéditos; y el autor concluye diciendo que ningún individuo válido debe carecer de trabajo y de pan.

El de los beodos no es menos notable; así como el de los niños expósitos y el de los indigentes.

En 1870, la estadística da una cifra de 112,598 niños abandonados.

En cuanto á los indigentes, vemos que en 1869 la Asistencia pública de Paris socorría á 5 literatos, 12 maestros de escuela, 6 profesores de lenguas, 5 intérpretes, 1 profesor de baile, 101 músicos y cantantes, 57 artistas diversos, 5 institutrices y 1 profesor de música, literatura y dibujo.

Un libro tan lleno de detalles se analiza difícilmente, y sobre todo lo más difícil es dar á conocer las ideas del autor sobre las reformas que propone para cada una de las poblaciones peligrosas y que naturalmente exigen discusión, pues no todas á nuestro juicio, son aplicables ni producirían los resultados apetecidos. De todos modos concluiremos por decir que la obra está escrita con gran copia de datos irrefutables, y que existen verdaderamente clases peligrosas que exigirían medidas de represión prontas y eficaces.

A pesar del rigor de la estación, diremos que hay gente en Paris que asiste al teatro; y lo más extraordinario aun, hay empresas que cambian las funciones, si no con novedades, con piezas olvidadas ya y que por lo tanto pueden pasar por inéditas.

Esto acaba de hacer el empresario interino del Chatelet, poniendo en escena un melodrama que se estrenó con gran éxito allá por los años de 1844 y titulado el *Milagro de las rosas*.

Sus autores son M. Beraud y M. Hostein.

El argumento es largo y complicado.

Bástenos decir que el fondo de la acción es la historia de Isabel de Hungría, esposa del landgrave de Turingia, princesa célebre por sus virtudes y por sus infortunios.

La acogida que se ha hecho al drama no puede compararse con las que, según las crónicas tuvo en el año de 1844; pero esto se achaca principalmente á que el aparato escénico no es hoy lo que fué entonces.

No se entienda por esto que no hay decoraciones asombrosas, pues sin tal requisito bien saben los empresarios que perderían el tiempo y el dinero en hacer representar obras de esta clase.

Los panoramas de Hungría y de la Palestina verdaderamente merecen aplauso.

El teatro de la Opera Cómica cerrado temporalmente, prepara una serie de novedades importantes para la próxima temporada.

Las obras nuevas serán las siguientes, según anuncian los diarios musicales:

Primera: *Don César de Bazan*, por M. J. Chantepie, música de M. Jules Massenet, desempeñada por las señoras Priola y Galli-Marié, y los señores Bouhy y Lherie.

Segunda : *el Rey lo sabe*, tres actos de M. Edmundo Gondinet, música de M. Leo Delibes. Aun no se ha hecho el reparto de papeles.

Tercero : *el Florentino*, de M. de Saint-Georges, música de M. Lenepveu, laureado del concurso instituido por el ministerio de Bellas Artes.

Alternarán con estas las piezas siguientes del repertorio :

La Embajadora, con la señora Carvalho y Prely y el señor Coppel; *Romeo y Julieta*, con la misma Carvalho, y los señores Duchesne, Ismael y Melchisedec; y el *Pardon de Ploermel*, en el que la ya citada artista ha alcanzado un triunfo tan ruidoso en Londres.

En cuanto á novedades literarias se habla de dos nuevas piezas una de M. Emile Augier y otra de M. Alejandro Dumas, cuyos títulos ignoramos todavía.

Uno de estos días se va á leer en el Teatro Francés una comedia en verso de M. Eduardo Pailleron que se representará el invierno próximo y sobre la cual se nos han dado las mejores noticias.

También se hacen grandes elogios de una nueva producción de M. Daudet que se estudia ya en el Vaudeville.

Su título es la *Arseliana* y está encargada del desempeño del papel de protagonista Mlle Fargueil, esto es, una de las actrices dramáticas mas inspiradas que tienen los parisienses.

Sabemos algo del argumento y podemos afirmar, sin riesgo de equivocarnos, que la eminente artista tendrá una brillante ocasion de añadir un laurel mas á su corona de triunfos.

Es la historia de una seducción ejercida por la belleza.

Un joven se enamora de la bella Arseliana, y no pudiendo vencer su amor á pesar de todos los esfuerzos, se da la muerte.

Hay situaciones altamente patéticas, episodios muy dramáticos y una concision y sobriedad en la accion que dan á la fábula un interés sostenido hasta el desenlace.

A todo esto, y ya que hablamos hoy de noticias, diremos también que todo se vuelven proyectos de nuevos teatros.

Cuatro ó cinco se van á edificar en diferentes barrios de Paris; ó por lo menos, así se dice.

Entre tanto las obras del nuevo teatro de la Opera francesa se prosiguen con todo el vigor que permiten los recursos bastante escasos por cierto.

Toda la parte exterior se halla ya completamente terminada y ahora se trabaja en el interior, esto es, en la sala propiamente dicha, y en los tres ó cuatro grandes salones de descanso que tendrá este soberbio monumento.

Habrán un lujo de estatuas, bajo-relieves y pinturas imponderable.

Parece ser que el salon reservado á las bailarinas será la obra maestra del teatro en cuanto á riqueza y elegancia.

Se quiere que no haya teatro en Europa mas grandioso ni mas lleno de ornatos.

Todo esto exige tiempo y sobre todo dinero, que como ya hemos dicho no abunda, y así es que no se cree pueda tener efecto la inauguracion antes de tres años.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

Á NISE.

¡El alba! ¡el sol! Bajemos, Nise mia,
¡El campo nos espera!
Ya se dibuja en el Oriente el día,
¡Hoy comienza la fértil primavera!
Tú que has nacido en la comarca triste
Que esteriliza el hielo,
Do nunca el prado de verdor se viste,
Cubierto siempre por la bruma el cielo,
Ven á sentir el éxtasis que emana
De este mundo ideal;
Ven á saber lo que es una mañana
En el ardiente clima tropical;
Ven á sentir el alma conmovida
Por tu grata vision;
Ven á aspirar el hábito de vida
Y á ensanchar con su soplo el corazón!
Remedo fiel del « Hágase » primero
Que encierra de los mundos el arcano,
Verás cual rasga la invisible mano
El velo de tinieblas,
Que el universo lóbrego envolvía,
Y los fragmentos de las rotas nieblas,
Rápidas huyen al fulgor del día.
La diáfana luz esplendorosa,
Que brota en la montaña,

Con anchas franjas de diamante y rosa
El cielo azul y la pradera baña;
Y á medida que baja, convirtiendo
En dorado jardín la enhiesta cumbre,
Va á los ojos inquieta apareciendo,
Bañada por la lumbre
La turba bullidora
De rica fama y esmaltada flora.

¡Jamás, jamás la vista
En tu muerta region vió tal belleza;
Jamás la mente loca del artista
Fingió tan ideal naturaleza!
¡Crecen aquí tus múltiples hechizos
Y viva el alma su ilusion mantiene,
Cuando esa brisa de los bosques viene
A resbalar en tus flotantes rizos!

¡Quizás tu frente toma
Por el cáliz de un lirio de la selva,
Y corre audaz á difundir su aroma
Antes que el sol á marchitarlo vuelva!
¡Desciende, Nise mia,
Tal vez el campo tu presencia aguarda,
Y á mas del dulce arrullo que te envía
Otros tesoros de belleza guarda!

Fértil, precoz, exuberante extiende
Sus gigantescas ramas la arboleda,
El sol naciente la techumbre enciende,
Y la niebla que al aire se suspende
Sobre las hojas agrupadas rueda;
Débil penumbra, so el dosel inmenso
Difúndese suave

Cual el humo azulado que el incienso
Forma del templo en la cerrada nave;
Y el agua de la fuente bullidora
Que en torno se dilata,
En su limpio cristal ora retrata
Cuanto su orilla trémula decora.

Vago tropel sonoro
De insectos fugitivos
De las selvas aumentan el tesoro,
Y trémulos y vivos,
Con alas de cristal y piés de oro,
Los cambiantes de la luz reflejan
Cuando en su fuga rápidas se alejan.

Pintadas mariposas,
La membranosa cárcel destruyendo,
Sus empolvadas alas perezosas
Van, al contacto de la luz abriendo,
Y luego endurecidas,
Los vientos voladores
En pos las llevan, cual vivientes flores,
De los sutiles tallos desprendidas.

Ansiosos de cogerlas
Y su esmalte mirar á sus antojos,
Inquiérenlas los ojos
Siguiendo atentos su versátil giro :
Pero, al verlas huir en raudos vuelos,
Brotó en el alma vago desconsuelo
Que acompaña quizás débil suspiro...

Son, ¡ay! la imagen ellos
De ese tumulto de ilusiones bellas
Que en anhelante dicha nos mantiene,
¡Y guay del corazón que no las tiene!
¡Tiemblas, mi bien? tu amor es mi delicia,
Mi encanto, mi ilusion;
El aura que las flores acaricia,
El mar de luz que anega la extension.

Ese mundo, ese sol, esos colores
Con que la tersa atmósfera se enciende,
La rica alfombra de olorosas flores,
El insecto fugaz que el aire hiende,
Esos bosques, sus aves, sus rumores,
Las ondas en que el iris se suspende,
Cuanto vive y se agita, triste fuera
Si mi alma tu amor no poseyera...

Dejemos á los hombres que buscando,
Al impulso febril de sus pasiones,
Los vanos goces de poder y mando,
Tristes despierten á la vida cuando
No sientan ya tan puras emociones;
Que yo tengo delicia prolongada,
Tierno placer, felicidad cumplida,
Cuando escucho, al fulgor de la alborada,
El eco dulce de tu voz amada
En que el arcano del amor se anida.

RAFAEL DEL VALLE Y RODRIGUEZ.

La insurreccion carlista en Cataluña.

La insurreccion carlista vencida en las Provincias Vascongadas y en Navarra, continúa en Cataluña, donde es objeto de la mas activa persecucion. Esto, sin embargo, no impide que de tiempo en tiempo los insurrectos no den alguno de sus golpes hasta en poblaciones de cierta importancia. He aquí uno de estos hechos de armas cuya relacion tomamos de un periódico de Reus, y que reproducimos porque es característico de esa guerra de partidas. Dice así :

« Ayer á las seis y media entraron en Reus los carlistas, sorprendiendo la poblacion cuando menos lo esperaba. Todavía no repuestos de la sorpresa explicáremos en breves palabras lo sucedido. Las fuerzas carlistas en número de unos 500 hombres al mando de su jefe principal Juan Francés, se hallaban ayer tarde en Tivisa, corriéndose hácia el Hospitalet, distante unas cinco leguas de esta ciudad. Allí detuvieron el tren de Valencia á Barcelona: hicieron bajar de los coches á los viajeros ocupándolos los carlistas. Sobre las cinco de la tarde llegó el tren á Salou, distante de aquí nueve kilómetros, y los carlistas tomaron á escape la carretera, deteniendo á cuantas personas encontraron á su paso y entraron en Reus por cuatro ó cinco distintos puntos. Por ser día festivo, la inmensa mayoría de estos vecinos se hallaba en el campo ó en el paseo fuera de la poblacion: la guarnicion se hallaba casi toda fuera del cuartel y diseminada por calles y paseos. La sorpresa fué cabal.

Tomados los principales puntos de la poblacion y sus afueras, cincuenta carlistas con su jefe y cabecilla Francés se dirigieron á la Casa popular, adonde ya habia acudido nuestro digno señor alcalde don Felipe Font, con algunos señores concejales que se hallaban dentro de la poblacion al principiar la alarma. El jefe carlista subió al despacho del señor alcalde, y despues de hacerle mil protestas de que su ánimo no era molestar la poblacion en lo mas mínimo, le mandó que reuniera los mayores contribuyentes al efecto de que se le aprontaran cuatro mil duros. Pidióle además las armas que hubiese en la Casa popular. El señor alcalde le entretuvo como pudo, excusándose de la imposibilidad de reunir el ayuntamiento y mayores contribuyentes. Mientras tanto los carlistas diseminados en grupos por la poblacion se acercaron al cuartel, adonde ya habia acudido gran parte de la guarnicion con casi todos los jefes. Al acercarse á la plaza de la cárcel hicieron una descarga al centinela, hiriéndole, y al momento se trabó una lucha encarnizada entre los carlistas y la tropa que ya desde el primer momento se batió heroicamente.

El jefe carlista, al orirse los primeros tiros, dejó la Casa popular, y dirigióse al cuartel y entró en la gran plaza, en medio de un nutrido fuego, y con unos pocos de los suyos. Hizo señal de alto el fuego con una serenidad admirable; el comandante de caballería de Bailen, don Pablo Hernandez, mandó cesar el fuego; pero no fué tan á tiempo que no se hiciese una descarga de parte de la tropa que derribó á Francés acribillado á balazos. El señor coronel comandante militar de este canton, don Manuel de Soria, se hallaba fuera de la poblacion á caballo en el paseo de Misericordia: al notar la alarma entró solo á escape en medio del tiroteo de los carlistas apostados en las bocas-calles. Al llegar á la plaza de la Revolucion, una descarga de un reten carlista le derribó del caballo pasándole el muslo de un balazo. Los mismos carlistas le levantaron entrándole en la casa que ocupa la sociedad *Centro de lectura*, en donde los socios le prestaron los oportunos auxilios.

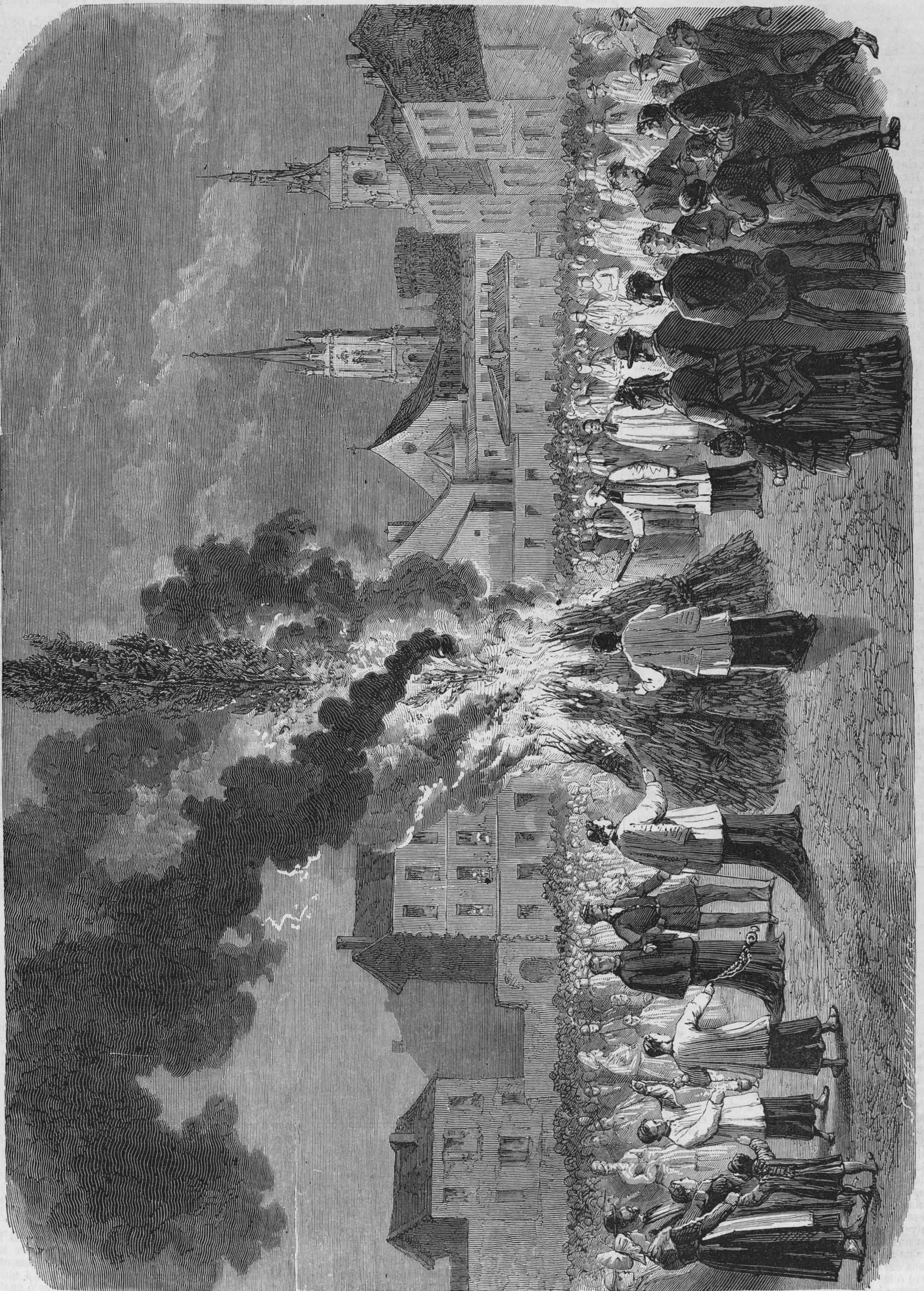
La lucha duró unas dos horas en las inmediaciones del cuartel, hasta que la decidió el arrojo imponderable de los jefes y soldados de Bailen. Todo elogio es poco en este sentido. Los señores oficiales, carabina en mano, se han batido como el último soldado. Respuesta la poblacion de la sorpresa, y habiendo entrado en ella mucha gente de la que se hallaba en el campo y paseos extramuros, entusiasmado el siempre liberal pueblo de Reus por el heroico comportamiento de la guarnicion, decidióse para la resistencia y el ataque. La noche caía sobre esta ciudad. Los jefes republicanos que se hallaban en ella, dieron la señal de alarma. El ayuntamiento mandó tocar á rebato, y mal lo hubieran pasado los carlistas, si no emprenden precipitadamente la retirada perseguidos hasta afuera de la poblacion por los valientes soldados de Bailen que combatian como leones. A las nueve de la noche no habia un carlista armado en esta poblacion.

Publicamos un dibujo que da á conocer otro rasgo de la misma guerra en Cataluña. Es la detencion de un correo en unos pinares cerca de Lérida. El postillon y el mayoral, que querian resistir, fueron maltratados, y al fin tuvieron que rendirse. Registraron las maletas y se apoderaron de la correspondencia. El cura de la partida, que era el único hombre que sabia leer, abrió los pliegos, quemó todos los que eran del gobierno y respetó los de los particulares. Lances de esta especie se repiten con harta frecuencia.

C.



SUCESOS DE ESPAÑA. — Carlistas deteniendo el correo en la provincia de Lérida.



Las hogueras de la velada de San Pedro en Angulema.

Las hogueras

DE LA VELADA DE SAN PEDRO EN ANGULEMA.

La costumbre de encender hogueras en ciertas fiestas del año se ha perpetuado entre nosotros desde los mas remotos tiempos. Son manifestaciones propias de todos los pueblos y casi todas las religiones. Los egipcios, los indios, los antiguos romanos y hasta las tribus salvajes introducían el fuego como un elemento purificador en la práctica exterior de su culto.

Dícese que las hogueras de la velada de San Juan se remontan á la antigua fiesta solsticial. Antiguamente fueron en Paris una gran solemnidad pública, y el rey en persona prendía fuego á la leña. Se conocen curiosos detalles del año 1373: la hoguera se hizo con un mástil del que colgaban una porción de leña gruesa y menuda, habiendo tambien un cesto que contenía diez gatos y un zorro, animales *hechizados*, buenos para quemar.

El uso de la parroquia de San Marcial de Angulema, nos parece una derogación de las hogueras de la velada de San Juan, pues se ha trasladado á la de San Pedro, que coincide con la fiesta de los cerrajeros.

En la plaza del Campo de Feria se pudo ver en todo aquel día un hermoso álamo, bien verde, rodeado con un centenar de haces de leña menuda: la víctima y la hoguera.

A las siete y media la plaza estaba llena de gente, y se veían muchos pilluelos muy mal vestidos para acercarse al fuego y sacar los primeros tizonos.

A eso de las ocho comenzaron á tocar á vuelo las campanas de San Marcial. La procesion se puso en marcha, compuesta del cura, de sus vicarios, el sochantre y dos monaguillos. Seguía un acompañamiento de mujeres. Despues de varios cánticos, el cura y los dos vicarios se adelantaron hácia la hoguera y la pegaron fuego. La llama se propagó con espantosa rapidez, y en breves instantes abrasaba toda la leña.

Enormes lenguas rojas lamian el álamo, y á veces los remolinos de la llama parecían envolverle hasta la cima, quemando poco á poco las ramas y las hojas.

Entre tanto el cura dió dos vueltas á la hoguera para bendecirla y echarla incienso, operación nada agradable para el digno eclesiástico, que apenas podía resguardarse del ardor del foco.

Era curioso ver cómo el círculo de los asistentes se iba ensanchando á medida que el calor se hacia intolerable.

Cuando el clero dejó la plaza, comenzó la fiesta popular. Tratábase de robar tizonos, que se conservan como reliquias.

Concluido el incendio echaron agua, y entonces cayó la muchedumbre sobre las brasas mal apagadas. A riesgo de quemarse las manos, grandes y pequeños se lanzaron á recoger tizonos encendidos.

En esto, unos cuantos pilluelos echaron una cadena al árbol, le hicieron caer sobre la cabeza de un agente de policía, y se lo llevaron para hacerle pedazos, que distribuyeron entre los devotos.

Un cuarto de hora despues no quedaba de toda la hoguera mas que un lodo negro, en el cual recogían hasta los átomos mas imperceptibles de los tizonos.

El pueblo atribuye á estos restos propiedades maravillosas. C. L.

Salomé Gil.

(Conclusion. — Véase el número 1,020.)

LAS CALLES.

Creo que nadie ha discurrido hasta ahora una ciudad sin calles. Mas ó menos anchas, mas ó menos regulares; pero calles ha de haber donde hay cierto número de casas formando pueblo. Cuando preside á la formación de una ciudad una dirección un poco inteligente, las construcciones van alineándose como soldados en formación, unas junto á otras, en filas, dejando un espacio vacío entre las que se colocan á un lado y las que ocupan el frente. Ese espacio es la calle, que por regla general es de todos, y está á la disposición del que quiera andarla.

Salir á la calle es una necesidad imperiosa, especialmente para los que pertenecemos al sexo masculino, que pudiera entre nosotros llamarse por antonomasia sexo callejero, para distinguirlo del otro, que es esencialmente doméstico. Las mujeres se contentan con ver las calles desde los balcones; pero los hombres nos hemos de meter en ellas, las hemos de pasear de Sur á Norte, de Oriente á Ocaso; y si no, hacemos cuenta que hemos perdido el día. Pasamos la mitad ó las dos terceras partes de la vida en la calle; y algunos hay tan *encallados*, que solo para comer y para dormir no están en ella. Por eso se ha hecho el

verbo callejear, y no el *casear*; porque son muchos mas los que viven de calle en calle, que los que andan de casa en casa.

Esas fábricas de ladrillo, cal y piedra que forman las construcciones, son tan curiosas, que no se contentan sino cuando tienen dos, cuatro ó mas ojos para estar viendo las calles. Esos ojos son las ventanas, que por no confesar su curiosidad, toman el pretexto de la ventilación y de la luz. Lo que hacen en realidad es espiar la calle. ¿Y qué tiene que ver la calle que con tanto empeño se la acecha? Nada. Un mal empedrado, algunas veces un charco, casas á derecha é izquierda, casas al frente y gente que pasa. Eso es todo.

Las calles de nuestra querida Guatemala son bastante anchas, atendida la altura de los edificios, y tiradas á cordel; de manera que, vista la ciudad desde algun punto dominante, parece un tablero de ajedrez. Y por cierto que no son pocos los jaques que le dan á uno en ella diariamente, á fin de que así sea la semejanza mas completa.

A eso de las cinco de la mañana, las campanas de las torres, grandes madrugadoras, comienzan á llamar á la gente con sus lenguas de metal. Como para ir á las iglesias es indispensable pasar por las calles, empiezan estas á poblarse con esos bultos sin forma ni color determinado, que cruzan en la penumbra, dibujando sus perfiles indecisos, á la mustia claridad de las lámparas del alumbrado público, que á esa hora se despide hasta otra noche. Esos bultos son los devotos que acuden á la misa del alba. Suele haber en esos momentos solemnes, en que la sombra lucha con la luz, otra especie de transeuntes que recorren las calles; pero no con el fin de ir á los templos, sino con el de quebrantar, si hay ocasion, el sétimo de los preceptos del decálogo. Esas fantasmas andan acechando alguna ventana entreabierta, para pillar una cortina, escamoteo en que suelen mostrar una habilidad y un arte que es lástima no ver mejor empleados. Como á esa hora la ciudad pasa de la tutela de los vigilantes nocturnos á la de los diurnos, hay siempre algunos momentos de interregno, en los cuales la población queda entregada al brazo secular de los rateros.

Poco despues la claridad ahuyenta esas aves de rapina, que van á anidar en los suburbios, y las calles se pueblan de gente. Los que visitan el jubileo de cuarenta horas; los valetudinarios que necesitan ejercicio; las criadas que van á comprar las provisiones para el desayuno; los carreteros que conducen el pienso de los caballos; los lecheros, los artesanos que van á los talleres, siempre que no es domingo ni lunes; hé ahí la clase de gente que por lo regular anda en la calle á esa hora. Mas tarde la invasión es completa, y especialmente las que pueden considerarse como las arterias principales de la población, se llenan de transeuntes.

Cuando el sol meridiano lanza perpendicularmente sus rayos sobre la piedra caliza de las calles, la gente disminuye y busca el abrigo protector de las habitaciones. Hácia las cuatro de la tarde, hora en que ya el caballero Febo va como quien dice cuesta abajo, van poblándose otra vez las calles, para volver á quedar desiertas luego que tiñe la noche, tintorera incansable, que comienza el oficio en cuanto el sol se marcha. Así que el color está un poco cargado, es decir, á eso de las ocho ó las nueve, apenas se encuentra uno ú otro individuo; y mas tarde el soñoliento sereno que va á la esquina á cantar la hora; el tertuliano que regresa; la recua que acude á hacer la policía del mercado, recogiendo los desperdicios de la venta diaria, y uno ú otro vecino que por excepcion tiene que salir de casa, son los únicos seres vivientes que se ven en las calles. Cuando no hay luna, los faroles hacen cuanto pueden por alumbrar; y si no lo consiguen del todo, nadie podrá decir que es por falta de ganas.

Lo dicho acerca del flujo y reflujo de *callejeantes*, debe entenderse precisamente los días de trabajo. En los de fiesta las calles descansan como los hombres, y santifican el día. Un domingo á eso de las diez casi podría uno pasearse por las calles en el traje que usaban Adán y Eva en el paraíso, antes de haberse comido la manzana. Pasada la misa, ¿qué ha de ir á hacerse á las calles?

Entre las de nuestra ex-noble y ex-leal metrópoli, contamos algunas dignas de especial mención. La que se ha empeñado en seguir llamándose real, con escándalo de nuestro sistema republicano, es la mas famosa de todas. Partiendo de San Francisco, va en línea recta á desembocar en la plaza Mayor, formada por dos hileras de espaciosas y cómodas construcciones. De la plaza hácia el Norte, y de la plaza hácia el Sur, ya la calle Real deja de serlo, aunque diga otra cosa el mapa, y se convierte en calles de Jocotenango y del Calvario. Estas son colas de la otra; y como toda cola, vienen á ser un apéndice del cuerpo. Creo que ni á la calle Real ni á otras les haría daño el tener dos líneas de naranjos á la orilla de las aceras. Es verdad que eso de árboles dentro de las poblaciones, solo está bueno para los pueblos, como ya dijo otro; pero podían probar, y si no resulta muy feo, ni muy mal sano, ni muy *apueblado*, dejar los naranjitos, siquiera para que tengan los muchachos azahares y fruta verde que cortar. Ya los del teatro no dan abasto; es necesario proporcionarles algunos mas.

Si la calle Real se ha salido con no abandonar la denominación manáruca, en cambio otras no han querido admitir ninguna, y siguen siendo como el libro que ahora estoy escribiendo, sin nombre. Esto no tiene mas inconveniente que dificultar un poco el dar con

las casas; pero con algun trabajo, al fin se sale uno con lo que quiere. Por ejemplo: pregunta Pedro en dónde vive Juan, y le contestan:

— Coge Vd. la calle del *Divino rostro*, anda tres cuerdas; cruza á la izquierda; sigue derecho otras dos; vuelve á tomar á mano izquierda; cuenta cinco casas, y á la sexta, ahí vive Juan.

¿Quién ha de equivocarse con tales señas?
— ¿Dónde hallaré un buen herrero que me fabrique una cerradura que no puedan falsear? pregunta don Crisóstomo el avariento, que aun no ha entrado por la moda de las cajas de hierro.

— ¿Dónde? Es muy fácil, le contestan, Vaya Vd. á buscar al maestro Antonio Cerraja, que vive... vive... Mire Vd. ¿Conoce la nueva panadería del clavel?

— No, señor.

— ¡Hombre! A dos cuerdas por detrás del antiguo colegio de niñas.

— Vea Vd., dice otro; ¿conoce dónde eran antes las Variedades?

— Por supuesto.

— Pues bien; coge Vd. derecho, llega á la alcantarrilla frente á San Juan de Dios, cruza como quien va para el Santuario, anda una cuadra, cruza, baja para abajo, anda dos cuerdas, sube para arriba y anda otras dos, y á la media cuadra, frente á un gran volcán de estiércol, allí está la herrería; cualquiera da razón.

Hé ahí lo que sucede. ¿No fuera mas sencillo decir, verbigracia: calle de los Apretados, n° 103? Creo que sí; pero cuando las calles se empeñan en no tener nombres, ni las casas números, sus razones tendrán, porque mas sabe el loco, etc.

Hay calles en Guatemala que se parecen á la existencia humana, en que todo es en ellas subidas y bajadas. El ir á algunas casas desde ciertos puntos de la ciudad, es ir muy cuesta arriba. Son caminos con un quince ó veinte por ciento de declinación, lo que casi viene á hacer que no sean vias carreteras.

Hay una entre muestras calles que no me ha dado poco en qué pensar: es la que partiendo del potrero del Tuerto, va á rematar en el cementerio. Se me figura como si dijéramos el camino de la vida. Es bastante larga, y lo parece aun mas por lo trabajosa. Es verdad que últimamente han mejorado y hermozeado notablemente una parte de ella, como si se quisiera facilitarle á uno el tránsito para la eternidad. Todos vamos por esa calle; unos por Santo Domingo; otros poco mas allá del Carmen, como quien dice á media vida; quienes por San Agustín; algunos pasaron del antiguo café de Variedades, y ¡cuántos irán tocando ya en la plazoleta que hace frente á la entrada del panteón! No debería preguntarse á las gentes cuantos años tienen, sino en qué cuadra de esa calle van.

Hay calles buenas y malas: cualidad que depende, como suele suceder tambien respecto á las gentes, de la posición que ocupan. Una buena calle, una mala calle, son expresiones que designan respectivamente las calles que están cerca ó lejos de la parte central de la ciudad. Hay algunas que antes eran malas y despues se han vuelto buenas, como los viciosos que se reforman y se convierten en hombres de bien. No es que ellas busquen el centro, sino que el centro ya no cabe en su puesto y va buscándolas á ellas. Hasta se puede predecir con cierta seguridad que calles, malas hoy, serán buenas de aquí á ocho ó diez años. Siquiera ese consuelo pudiera uno tener con algunos prójimos, y fuera lícito decir: hoy es tramposo, ladrón, intrigante, etc.; mas sé de cierto que dentro de seis años será muy honrado. Pero ¿cuándo?

Para concluir propongo estas charadas: ¿en qué se parecen la calle y el petate? Solucion, para aborrazar el trabajo de cavilar: en que tan malo es quedarse en el uno como en la otra. ¿Cuál es la peor de todas las calles? La de en medio; porque quien se echa por ella, perdió ya hasta la vergüenza.

LAS CARTAS.

Confieso humildemente que no sé quién fué el primero que escribió cartas en el mundo. Hay constancia de que se usaban ya en tiempo del rey David, que encargó á Urias de una que salió muy cara al que la llevó, que costó muchas lágrimas á su autor, y que ha venido á ser proverbial, dando nombre á todas las de su especie.

Es de suponerse que quien inventó ese modo ingenioso de entenderse las gentes separadas por la distancia, no era ningún lerdo; y acaso merecía mas fama que el que inventó la pólvora, que no sé por qué se considera como la invención que necesitó de mas talento. ¿Habrá quien no haya escrito ó recibido alguna carta? Hasta los que no saben escribir, aun los que no saben leer, pueden apelar á ese recurso de los ausentes, encomendando á otros que les escriban ó les lean.

Una hoja de papel, un tintero y una pluma son los elementos materiales indispensables para hacer una carta. El que puede disponer de esos tres objetos está habilitado para comunicar sus pensamientos á quien se encuentre ausente, aun cuando sea á tres ó cuatro mil leguas de distancia. Como el judío errante, la carta oye una voz que le grita incesantemente; *mar-*

cha, marcha, hasta que llega al término de su viaje. Es una andariega infatigable.

Depositaría de secretos importantes; guardiana de caudales; confidente de nuestras ilusiones, de nuestras flaquezas y de nuestros desengaños, pasa de un punto á otro, ligera con su pesado bagaje, y anda de mano en mano, con la seguridad casi completa de que su fragil envoltura la defiende mejor que una muralla erizada de cañones.

No hay nada tan provocativo como una carta cerrada. Cuando nos pasa por delante, parece que nos dice: «yo sé una cosa que no digo; aquí llevo guardado un secreto que no revelo; para arrancármelo, es necesario hacerme pedazos.» El hombre no suele defender lo que se le confía con tanto heroísmo. Generalmente hablando, á poco que se le estreche, desembucha y dice, invirtiendo el comun proloquio: «primero confesor que mártir.» Es mas fácil adivinar el pensamiento de un hombre estudiando su fisonomía, que leer el contenido de una carta al través de la cubierta.

Hay diferentes clases de cartas. Desde luego tenemos las que se escriben regularmente desde los diez y ocho hasta los treinta años; y digo regularmente, porque hay muchos que comienzan el ejercicio mas temprano y que lo concluyen mas tarde. Esas cartas no llevan ni direccion ni firma. Ya se sabe de quién y para quién son. Abundan en fuegos volcánicos, en juramentos, desesperaciones, agonias, esperanzas, delirios, ángeles, corazones flechados, etc. Es costumbre que la jóven que recibe una de esas cartas por la primera vez, se la aprenda de memoria á fuerza de leerla. En mi tiempo solian copiarse de la Julia de Rousseau, ó de la Clara de Richardson. No sé qué harán ahora que ya casi nadie escribe novelas en cartas.

Mis amables lectoras saben, sin que yo se lo diga, que es práctica inconcusa el conservar cuidadosamente esas epistolas, para devolverlas, en caso de quiebra, al que las escribió junto con anillos, retratos, flores secas y otras baratijas de menor cuantía.

Es triste recorrer esas correspondencias algun tiempo despues de devueltas. ¿No es verdad, lectoras? Eso hace el efecto que causa la vista de un bosque incendiado, donde no quedan ya sino los vestigios del fuego: carbon, humo y ceniza.

No creo que haya entre las damas que tienen la paciencia de leer estos apuntes ninguna que no tenga en algun rinconcito de la gaveta de su armario uno, dos ó mas de esos misteriosos envoltorios de papeles devueltos, sarcófagos donde se guardan cenizas de antiguas llamas. Una señora arreglada deberia, á mi juicio, colocar esos restos mortuorios por orden de fechas, como los nichos de los cementerios, y ponerles sus correspondientes epitafios. Por ejemplo:

Paquete N° 1. Julio de 1850.

«Aquí yace Marcial Cachivache. Vivió año y medio, y le mató el que ocupa el siguiente nicho. R. I. P.»

Paquete N° 2. Enero de 1852.

«Reposa aquí un estudiante
A quien amé con exceso;
Claro está.
Como no era hombre de peso,
Le hizo tomar el portante
Mi mamá.»

Paquete N° 3. Octubre de 1852.

«Bajo de esta losa fria
Descansa Juan Ventolera;
Me gustó por calavera,
Y si me caso con él...
¡Ave Maria!»

Paquete N° 4. Febrero de 1853.

«Aquí reposa Pascual;
Murió de rabia y de celos,
Porque me vió en el portal
Comiendo con su rival
Buñuelos.»

Paquete N° 5. Setiembre de 1854.

«Restos de don Juan de Todas. Engañó al mismo tiempo á la Ines, á la Antonia, á la Paula, á la Felician y á mi. Nos juntamos y le dijimos cuántas eran cinco. Nos habló despues en particular y nos convenció de que cada cual era la única verdadera dueña de su afecto. Nos dimos por satisfechas y siguió la broma; hasta que el dia menos pensado se fué á su tierra y nos dejó diciendo miren que caso. (En seguida, escrito con lápiz: Pero tal vez volverá.)

Paquete N° 6. 1857.

«Una lágrima, un suspiro
Por el pobre Casimiro,

Mi pretendiente.

Era un partido excelente;

¡Ay! ¿cómo no le atrapé?

Pero... ya me acuerdo, fué

Que se murió de repente.»

Hay otra especie de cartas todavia mas insignificantes que las amatorias, y son las que se llaman de recomendacion. Por regla general, y con pocas excepciones, el que las escribe lo hace por salir del paso, y el que las recibe no les hace caso. (Ya salió en verso) No es raro tener que recomendar personas á quienes jamás les ha visto uno la cara, porque un amigo nos recomienda que las recomendemos. Esas son recomendaciones por tabla, que valen menos todavia que las otras.

De todas las cartas, yo creo que las mejores son las blancas, y las peores aquellas que le hacen perder á uno la mosca. El que dice llevo carta blanca para el banquero tal, puede estar seguro de que no le faltará blanca, si el que le dió la carta estaba autorizado para darla. Por el contrario, si otros banqueros no le dan á uno la carta que le conviene, ya puede decir adios mi dinero.

Hay en fin otras cartas que se escriben para todos y para ninguno; que sirven de pretexto á bochinchas; que los periodistas toman en boca todos los dias; que andan siempre violadas y que regularmente mueren de muerte repentina. Esas son las cartas constitucionales. En los archivos públicos debieran estar, como las amatorias, con sus respectivos epitafios, verbigracia, y vaya uno por todos carta del año tantos:

Prometié libertad á todo títere,
Consignó cien derechos soberanos,
(¿Dónde encontrara un consonante en *itere*?)
Escribió en letras gordas: *No hay tiranos*,
Y en el año siguiente acabó á manos

de Fulano, Zutano, Mengano, Perencejo y otros. Aunque el epitafio concluya en prosa, si no es fácil rematarlo en verso, eso no le hace. No todas las cosas han de terminar como comienzan. Tambien las constituciones principián ofreciendo este mundo y el otro, y acaban Dios sabe cómo.

SALOMÉ GIL.

Estudios históricos.

LA VIDA Y HECHOS DE ATILA.

(Continuacion. — Véase el número 1,020).

En suma, Atila deseaba no cubrir de oprobio á la córte de Teodosio; pero no quiso precipitarse, esperando mejor ocasion y que los mismos romanos descubrieran el compló.

Comprimiendo, pues, su resentimiento y decidido á esperar hasta el último sin dar pruebas de impaciencia, siguió jugando y burlándose de la córte de Constantinopla, como el tigre se burla y se divierte con la presa que tiene entre sus garras antes de darle el último golpe.

Las mulas de los romanos estaban ya cargadas y estos se disponian á ponerse en camino al anochecer, cuando les detuvo una contraórden, pues les dijeron que Atila no podia sufrir que unos extranjeros se expusiesen de noche en un pais desconocido. Al mismo tiempo llegaron otros hunos con un buey y con pescado de parte del rey.

— Nosotros, lejos de rehusar cenamos con ganas, dice Prisco, y dormimos bien hasta el dia siguiente.

Prisco, como hombre hábil, cogió un intérprete tan luego como amaneció, sin decir nada á Vigilas, y fué á verse con Scota, que le prometió una audiencia con Atila, mediante algunos regalos.

Apenas habria trascurrido una hora, cuando volvió Scota al galope, anunciando á Prisco que le siguiesen. La embajada se puso en marcha, y no sin pena pudo penetrar en la tienda de Atila, que estaba sentado en una silla ordinaria.

Prisco, Vigilas y los esclavos que llevaban los regalos se detuvieron en los umbrales de la puerta por respeto; y entonces Maximino se adelantó, saludó al rey, y entregándole la carta de Teodosio, le dijo:

— El emperador desea buena voluntad y larga vida á Atila y á los suyos.

— Que suceda á los romanos todo lo que me desean, respondió el rey.

Y volviéndose hácia Vigilas, con semblante de cólera concentrada:

— Animal inundo, le dijo, ¿quién te ha mandado venir adonde yo estoy, puesto que conoces mi convenio con Anatolio respecto á la paz? Tú sabias muy bien que los romanos no debian enviarme un emba-

jador mientras que hubiese entre ellos un solo tránsfuga de mi nacion.

Habiendo replicado Vigilas que esa condicion se hallaba fielmente cumplida, puesto que le traia diez y siete desertores, los solos que se habian podido hallar en todo el imperio de Oriente, este tono pareció desagradar mucho á Atila.

— ¡Ah! dijo este con voz colérica; dentro de breves minutos mandaria que te crucificasen y que sirvieses de pasto á las aves, si yo no respetase el derecho de embajadores.

Y al instante hizo una seña, y un secretario abrió un cartapacio ó papelon, y se puso á leerlo. Ese papel era la lista nominal de los tránsfugas que residian aun en el territorio romano. Concluida la lectura dijo Atila que queria que Vigilas se marchase inmediatamente con Esla, uno de sus oficiales, para significar de su parte á Teodosio que le entregase sin distincion alguna todos los hunos que se habian pasado á los romanos, desde que habia tenido en OEhenes á Carpilion, hijo de Aecio.

— Id inmediatamente, dijo Atila, y decid á los romanos que me envíen los tránsfugas, ó que si prefieren la guerra la tendrán.

Como la órden solo comprendia á Vigilas, Atila suplicó al embajador que quedase allí con él para llevar la contestacion al emperador. Tampoco se olvidó de reclamar los regalos que le enviaban, y así concluyó la audiencia.

Semejante escena sorprendió á los romanos, y no hablaron de otra cosa cuando se volvieron á su pais. Vigilas no podia concebir que aquel mismo que le habia tratado con mucha distincion y afabilidad el año antes, se condujese con él entonces de un modo tan ignominioso, por manera que se hallaba en un continuo devaneo para adivinar la causa. Prisco la hallaba en la ocurrencia de la comida de Sardica, en donde Vigilas habia soltado una expresion imprudente que los bárbaros debian haber revelado á su rey; Maximino era del mismo modo de pensar; pero Vigilas sacudia la cabeza como quien no cree.

En esto se presentó Edecon, llamó aparte á Vigilas y habló con el largo rato. Este paso de Edecon tenia por objeto tranquilizar al intérprete sobre lo que acababa de ocurrir, diciéndole al mismo tiempo que las cosas caminaban perfectamente para el buen éxito de la conjuración: Edecon parecia responder de que así sucederia. El intérprete se tranquilizó; se reunió á sus colegas, quienes le preguntaron con impaciencia lo que habia sobre el asunto, y Vigilas les contestó que la cuestion de los tránsfugas era la sola que habia exasperado á Atila, y que por consiguiente, si no se le daba una satisfaccion iba á declarar la guerra.

En esto llegaron varios mensajeros al campamento de los romanos, diciendo que el rey habia prohibido que ningun romano podia comprar á los hunos ni caballos, ni otros animales, ni esclavos bárbaros, ni cautivos romanos, en fin, nada absolutamente sino aquello que era indispensable para la vida, hasta que se arreglasen los asuntos pendientes entre las dos naciones.

Atila ya no hablaba de su caza de animales feroces en la Panonia, puesto que habia encontrado otra que era mas de su gusto. Deseoso de seguir sin ninguna preocupacion las huellas de Vigilas y de observar á su gusto los pasos del embajador á quien guardaba en rehén provisionalmente, levantó su campo dos dias despues de aquella escena, y marchó á la capital de su nacion.

El dia antes de ponerse en marcha mandó decir á los romanos que estuviesen prontos á seguirle, y en efecto se pusieron á la retaguardia de los hunos con sus guias particulares. A poco rato de ponerse en marcha los guias cambiaron de direccion, dejando al ejército continuar su camino, y entonces dijeron á los romanos que en un pueblo inmediato iba á celebrarse una ceremonia á la que no podian asistir.

Aquella ceremonia era un nuevo matrimonio que contraia el rey, quien no obstante tener ya un crecido número de mujeres, volvia á casarse con la hija de un grande del pais llamado Escano.

El terreno que tenia que atravesar Maximino era bajo y muy lagunoso, y su alimento durante el camino se componia de mijo que daban los habitantes, á quienes lo pedian los guias, y su bebida era el aguamiel llamada *medos*, y otra hecha con cebada, á la que los hunos daban el nombre de *camos*. Aquel viaje no le faltaron aventuras, unas penosas y otras divertidas. Hé aquí una que cuenta Prisco con mucha sencillez:

«El dia declinaba ya cuando establecimos nuestras tiendas de campaña á las orillas de una laguna, cuyas aguas nos parecieron potables, porque los habitantes de un pueblecito inmediato iban allí á buscar agua; pero apenas si nos habiamos instalado, cuando se levantó un viento muy fuerte y luego una tempestad que hizo desaparecer nuestros utensilios precipitándolos en el agua.

Viendo el mal tiempo abandonamos aquel punto, y cada uno se fué por su lado en medio de la mayor oscuridad. Felizmente todos los caminos que tomamos iban á dar al pueblecillo, y en breve rato nos reunimos todos. Al ruido que haciamos salieron los hunos con teas encendidas, y nuestros guias les contaron lo acaecido. Inmediatamente nos hicieron entrar en sus choas, y nos enjugamos las ropas á la lumbre.

Este pueblecillo pertenecia á una de las viudas de Bleda, quien habiendo sabido nuestra llegada nos en-

vió provisiones y lindas mujeres para nuestro uso, circunstancia que marca entre los hunos un alto honor y una buena hospitalidad.

Nosotros tomamos los viveres y mandamos retirarse á las mujeres, y luego nos echamos á dormir sin despertar hasta el día siguiente. Nuestra primera idea al romper el día fué la de ir á hacer el inventario de nuestros muebles. En efecto, fuimos y los hallamos en muy mal estado, pues una parte de ellos estaban diseminados en el campamento, otra parte se hallaba á lo largo de la laguna, y otra en el agua.

Nos pusimos á sacar de la laguna lo que pudimos, y así se pasó aquel día secándolos. La tempestad había desaparecido, y un sol sin mancha iluminaba la atmósfera. Inmediatamente principiamos á poner las sillas á nuestros animales y pasamos á casa de la reina para saludarla; le dimos algunas cosillas como regalo y en muestra de nuestro reconocimiento, y luego nos pusimos en camino continuando nuestro viaje. »

Los romanos caminaron por espacio de siete días, al cabo de los cuales se encontraron con otra embajada romana que llegaba por otro camino. Era una diputación del emperador de Occidente Valentiano III al rey de los hunos, sobre ciertos vasos sagrados que se salvaron del saqueo de Sirmium.

La historia es curiosa y nos aclarará cada vez mas aquella política asiática, en donde la terquedad que se manifestaba en las revoluciones servía tambien para disfrazar la injusticia.

Cuando los hunos sitiaron á Sirmium contra todo derecho, el obispo de aquella ciudad dispuso á su manera de los vasos sagrados, previendo el desenlace de la guerra. El obispo conocía á un tal Constancio, natural de la Galia, y secretario de Atila; pero en aquella época se hallaba empleado en las operaciones del sitio. Aquel obispo pudo tener una entrevista con él, y le entregó los vasos, diciéndole :

— Si llego á ser vuestro prisionero, los podeis vender para rescatarme, y si muero antes, tambien los vendereis, y con lo que saqueis de ellos rescatareis á otros cautivos.

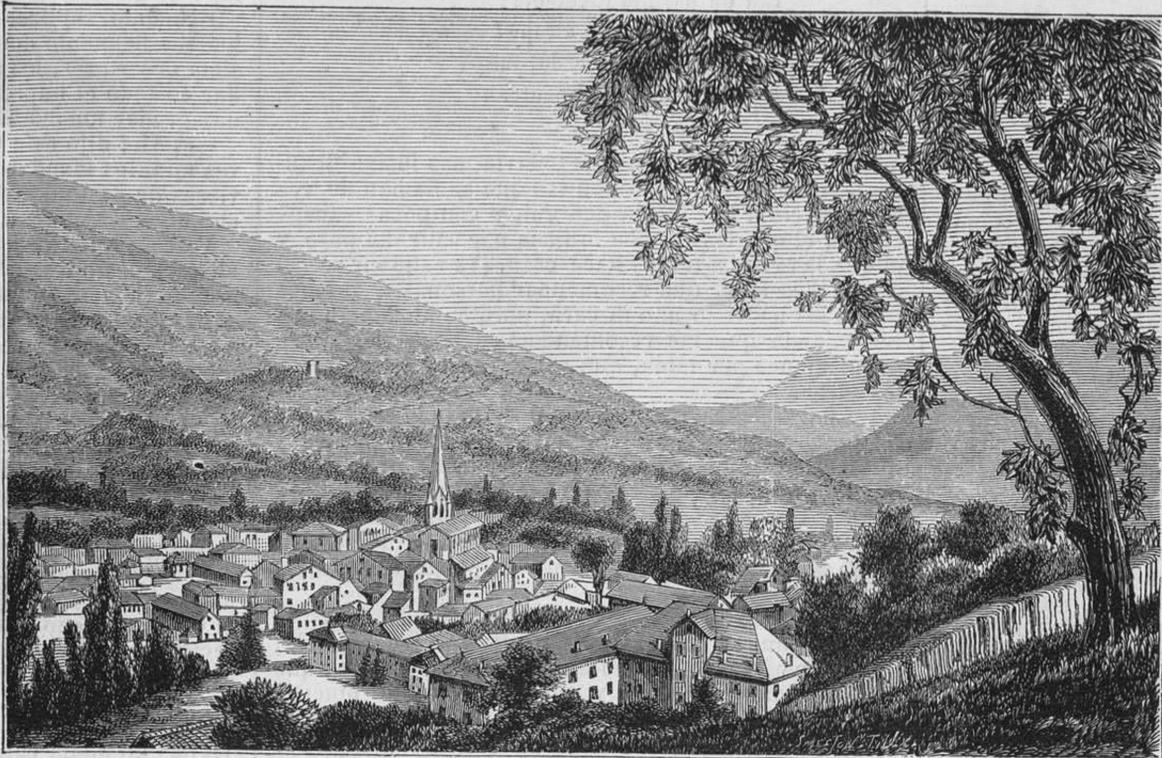
El obispo murió durante el sitio, y el que tenia los vasos se los apropió. Constancio enajenó los vasos dándolos por cierta suma á un tal Silvano, platero ó banquero en una de las plazas públicas de Roma, quien debía devolvérselos al plazo marcado y tan luego como recibiese el dinero que había adelantado. Luego que espiró el plazo y viendo Silvano que Constancio no le decía nada ni le entregaba el dinero adelantado, vendió los vasos á un obispo de Italia, pues no quiso ni romperlos ni emplearlos en uso profano. Todos estos hechos llegaron á noticia de Atila al cabo de cierto tiempo. Inmediatamente ahorcó ó crucificó, segun tenia de costumbre, al secretario infiel, y luego reclamó al emperador Valentiano á Silvano ó los vasos.

— Hay que poner en mis manos una cosa ú otra, decía su carta; esos vasos me pertenecen, pues el obispo los sustrajo del saqueo, y era una parte del botin; mi secretario los robó, y yo le castigué; por consiguiente, reclamo ahora los vasos ó al que los tiene en su poder.

En vano el emperador contestó que Silvano no era un encubridor de ladrones, puesto que comprara los vasos de buena fe, y en cuanto á estos estaban destinados á un culto religioso, y por consiguiente no podían entregárseles sin cometer una profanación. En fin, en vano ofreció pagar su valor en dinero; pues Atila, haciéndose sordo á todas esas razones, no salía del dilema :

— Vengan los vasos ó el encubridor, si no declaró la guerra.

El gabinete de Ravena, despues de muchas cartas y comunicaciones sin resultado alguno, había dispuesto enviarle tres nobles romanos para entenderse con Atila, si era posible, y evitar mayores desgracias. Para semejante mision echaron mano de un hombre que parecía seria bien recibido del rey bárbaro, pues era el conde Rómulo, suegro de Orestes, y además le acompañaban un tal Romano, general, y Promoto, que mandaba la Ponia.



CURIOSIDADES PINTORESCAS DE FRANCIA. — Alleverd : vista general.

Tambien habia otra persona, muy importante en semejantes circunstancias, pues era Tatulo, padre de Orestes, quien quiso aprovechar aquella ocasion para ver á su hijo. Prisco y Maximino se alegraron mucho de hallar á sus compatriotas en medio de aquellos desiertos, por manera que despues de haber hablado de toda clase de asuntos, las dos embajadas se reunieron y esperaron que pasase Atila, pues los del pais decían que debía pasar muy en breve por allí.

En fin, al cabo de algunos días, el rey, el ejército y las dos embajadas romanas llegaban á la vista del pueblecillo, residencia real y capital del pais de los hunos. Varios escritores dicen que esa ciudad era To-

con una especie de empalizada, y habia sido construída siguiendo el mismo estilo de la del rey, pero era mas sencilla.

Onegeso habia hecho construir una casita de baños á la manera de los romanos, cosa que no hubiera podido llevar á cabo en un pais que carece de piedra y hasta de árboles, pues es preciso traerlos de muy lejos, y sobre todo no habiendo nadie que supiese construirlo; pero Onegeso, cuando el saqueo de Sirmium, reclamó en su parte de botin un arquitecto, oriundo de la Grecia, y este fué el que construyó los baños.

Atila hizo su entrada en la capital de su imperio con un ceremonial que interesó sobremanera á los romanos, y sobre todo á Prisco, observador muy curioso. Las mujeres del pueblo salieron á recibirle en procesion. Formadas en dos filas sostenian por encima de sus cabezas y extendian de una fila á otra velos blancos, y por debajo de estos pasaban las doncellas cantando canciones en verso, compuestas en honor del rey. La comitiva tomó la direccion del palacio pasando por delante de la casa de Onegeso.

La esposa del ministro favorito se hallaba fuera del recinto, rodeada de criados que llevaban platos de carne y una copa llena de vino.

Cuando llegó el rey, la esposa del ministro se llegó á él, suplicándole se sirviese tomar algo de la comida que ella misma habia hecho. Por medio de una señal el rey la hizo conocer que accedía, siendo de advertir que esa era la mayor prueba de favor y aprecio que podía dar un rey de los hunos á sus vasallos. Inmediatamente cuatro hombres robustos levantaron una mesa de plata hasta la altura del caballo, y Atila sin apearse probó todos los platos y bebió un sorbo de vino, entrando en seguida en su palacio.

La esposa de Onegeso fué la que recibió á los embajadores, dándoles una comida á la que asistieron los personajes del pais, porque su marido acababa de llegar de un viaje largo, y el rey le habia llamado á palacio. Despues de la comida, Maximino tomó sus disposiciones para establecer su residencia temporal, y al efecto armó sus tiendas de campaña en un punto inmediato á palacio y cerca tambien de la casa del ministro.

Onegeso, cuyo nombre indica bien el origen griego, habia sido educado entre los hunos y ocupaba el primer puesto en el imperio de Atila tanto por su poder como por sus riquezas; si Atila era el emperador, Onegeso era el rey.

Onegeso debía aquella fortuna y el favor que disfrutaba entre los hunos á medios muy honrosos, á su valor en el campo de batalla, á su sinceridad en los consejos, y al teson con que luchaba contra las violentas resoluciones ó malos instintos de su amo.

Aquel ministro era un buen apoyo de los romanos cerca de Atila, y eso no era por interés personal ó por un recuerdo de su origen, sino por un espíritu de equidad, y por un gusto innato de todo aquello por la civilización.

La lógica hubiera colocado naturalmente á



La cascada del Bout-du-Monde.

semejante ministro al lado de un príncipe civilizado y cristiano, mientras que un Crisafio convenia mejor en el sentido en que hablamos á un Atila.

El rey huno, tan absoluto é imperioso, cedía á aquel carácter firme y suave á la vez, de modo que Onegeso era su consejero indispensable, á quien había confiado la educación militar y la tutela de su hijo primogénito Ellac, en el reino de Acazinos, cuya conquista acababa de hacer Onegeso.

El jóven príncipe había venido á las orillas del Danubio despues de una larga ausencia, con el objeto de ver á su padre, pero cayó del caballo en el camino y se había roto un brazo. Onegeso tenía pues, muchas cosas que comunicar al rey, y por eso no pudo asistir á la comida; pero Maximino estaba impaciente por verle y para comunicarle las instrucciones de Teodosio, y tenía confianza en la intervención de un hombre de tanto poder para allanar las dificultades que encontraba su misión.

Pasó la noche casi sin dormir, y al romper el alba, mandó á Prisco que fuese á llevar los regalos destinados al ministro; pero como el recinto ó empalizada estaba aun cerrada, tuvo que esperar, y se puso á pasear dejando los regalos encargados á uno de la embajada.

Apenas si había dado algunos pasos, cuando se le acercó un individuo que también se paseaba, diciendo en griego:

— Khaire, os saludo.

El oír hablar griego en los estados de Atila, en donde los idiomas que se conocían era el huno, el godo y el latín, sorprendió mucho á Prisco, pues los solos griegos que podían encontrarse allí eran algunos cautivos de la Tracia ó de la Iliria marítima, gente pobre fácil de distinguir por sus cabellos poco aseados y sus vestidos andrajosos, en vez de que el interlocutor de Prisco llevaba la cabeza afeitada y el traje de los hunos de la clase opulenta. Estas reflexiones hicieron impresion en la imaginación de Prisco, de modo que preguntó al desconocido de qué país era y cómo había venido á vivir entre los bárbaros.

— ¿Por qué me hace Vd. esa pregunta? contestó el desconocido.

— Porque Vd. habla el griego perfectamente, dijo Prisco.

El desconocido se echó á reír.

— En efecto, dijo este último; yo soy griego. Había fundado un establecimiento de comercio en Viminacium; me casé allí con una mujer rica, vivía feliz, pero la guerra disipó mi felicidad. Como yo era rico, fui destinado persona y bienes para el botín de Onegeso, pues Vd. sabe muy bien que los príncipes y los jefes de los hunos tienen el privilegio de reservar para ellos los cautivos mas ricos. Mi nuevo amo me llevó á la guerra, en donde me batí y con provecho; y luego que me hice con el suficiente botín, lo llevé á mi amo, y en virtud de una ley de los escitas reclamé mi libertad. Desde entonces me hice huno; me casé con una mujer que me ha dado algunos hijos, soy comensal de Onegeso, y en resumidas cuentas mi actual posición es mejor que la pasada. Oh, sí, sí, continuó aquel hombre despues de haber guardado un momento de silencio. Es preciso que usted sepa que entre los hunos tiene una existencia sin cabilaciones una vez que se termina la guerra, pues lo que cada uno ha recibido de la fortuna, goza de ello tranquilamente, nadie le molesta, ni nada le atormenta. La guerra nos alimenta, mientras que agota y mata á los que viven bajo el gobierno romano. Es necesario que el vasallo romano ponga en manos de otro la esperanza de su salvación, puesto que una ley tiránica no le permite llevar las armas para defenderse. Es preciso no olvidar que los males de la guerra no son nada entre los romanos en comparación de las calamidades que acompañan la paz, pues entonces es cuando se ven en todo su lujo el rigor de los tributos, las exacciones de los empleados del fisco y la opresión de los ricos y opulentos.

(Se continuará.)



CURIOSIDADES PINTORESCAS DE FRANCIA.—Vista general del establecimiento termal de Allevard.

Allevard,

SU ESTABLECIMIENTO TERMAL Y SUS CERCANÍAS.

Allevard se encuentra en la extremidad del departamento del Isère, en un delicioso valle de los Alpes del Delfinado.

Este nombre es célebre entre los sabios y entre los artistas. No hay mineralogista, ni geólogo, ni metalurgista que, atraído por las descripciones que se leen en los libros, no haya quedado altamente satisfecho

po tenía murallas y fosos; pero hoy no se ven mas que elegantes construcciones modernas. En estos últimos años se ha edificado una bonita iglesia gótica.

El Establecimiento termal, del que hablaremos luego detenidamente, está situado en las mejores condiciones higiénicas, en medio de un parque y rodeado de confortables fondas.

A veinte minutos del establecimiento se encuentra la cascada del *Bout-du-Monde*, cuyo dibujo damos: es un espectáculo espléndido.

En primer término se descubre el espumoso torrente que se precipita de peña en peña. Un puente americano, formado por un enorme álamo con balaustrada, domina la cascada, y desde ese puente se puede admirarla en toda su belleza. A los piés las revueltas ondas y la garganta forman, con el ventisquero de Gleysin coronado de nevados pisos en el fondo del cuadro, uno de los paisajes mas grandiosos que pueden verse.

A cada hora del día varía la vista. Con frecuencia las nubes que se deslizan sobre los picos, no dejan ver mas que los ventisqueros ó ciertas cumbres de las montañas.

La vista de Allevard que publicamos se prolonga hasta los nebulosos montes de la Alta Saboya todo lo lejos que alcanza la vista. El fondo del valle por donde ruedan con estrépito las claras aguas del torrente, se encajona entre las dos cuevas opuestas hasta el pié del malecón de Santa Margarita. Nada mas bello cuando por la tarde el sol, que se ha puesto detrás de la mesa de Brame-Farine, deja todo el valle en la sombra, y alumbra todavía Santa Margarita y los picos de los Beauges. Aquellos accidentes de luz y de sombra producen mágicos efectos.

Hablemos ahora del establecimiento.

Cuando se llega á Allevard por el camino de Goncelin, antes de entrar en el pueblo y á la mitad de un jardín inglés que surca un ancho arroyo, se descubre un gran edificio formado por dos pabellones reunidos.

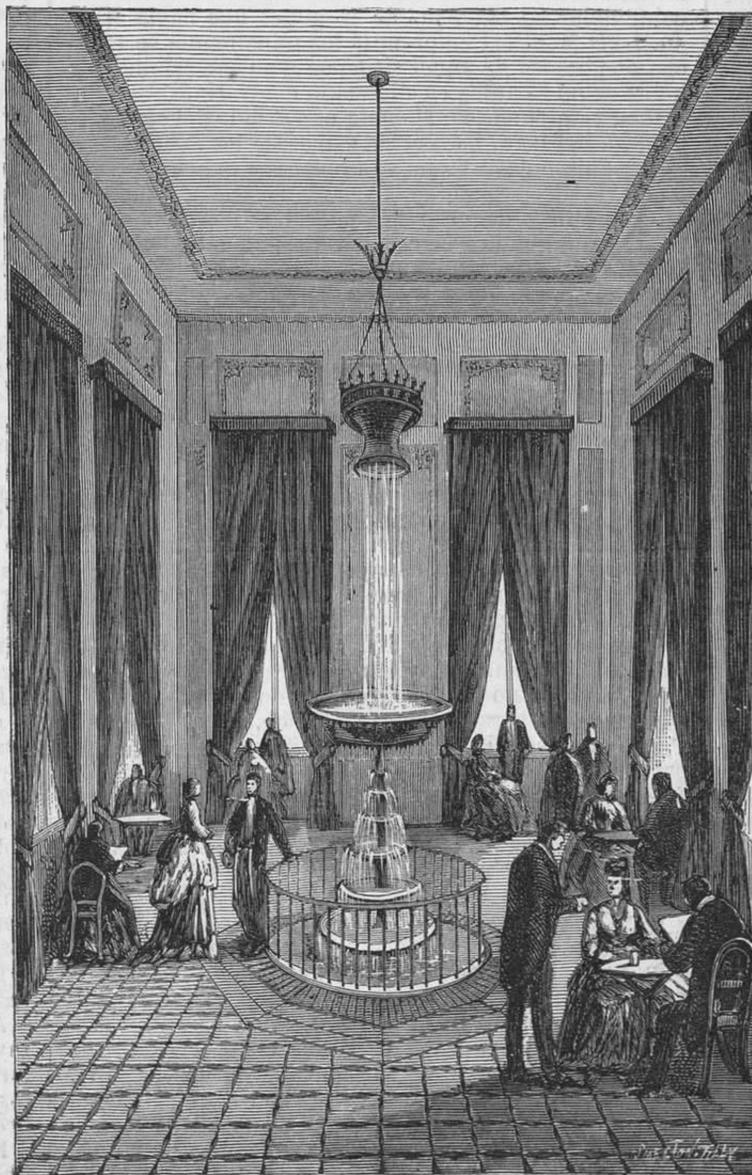
Esa hermosa construcción, que se compone de un piso bajo y de dos pisos, es el Establecimiento termal.

Una espaciosa galería de cristales que sirve de salón de espera y de paseo á los bañistas, separa los edificios termales.

Los gabinetes de baños se hallan en el piso bajo y dan á un corredor central. Son treinta y seis, todos grandes y con buena luz. En las salas de gárgolas se encuentran todos los aparatos necesarios; y además en la misma construcción están las salas de inhalación de vapores y todos los aparatos para las gárgolas faringias, del oído y demás partes del rostro. También están allí los gabinetes para baños de piés y de asiento.

Cuantos aparatos se conocen para el tratamiento hidroterápico completo se ven allí, y el agua empleada, que proviene de los ventisqueros, está á la temperatura de 7 grados.

Hay también baños de suero y baños aromáticos. Estos baños tienen numerosas aplicaciones y producen excelentes resultados en los niños delicados y en las personas debilitadas, en tanto que los de suero son para las enfermedades nerviosas y del corazón.



Sala de inhalación del establecimiento termal de Allevard.

La fuente termal dista 300 metros del establecimiento, en las orillas del Breda, en la garganta del *Bout-du-Monde*. En un edificio especial se hallan los caños para los bebedores.

El agua mineral que sale de la fuente tiene un olor francamente sulfuroso, y suelta con efervescencia un gas abundante que se reconoce como ácido carbónico en exceso. Fácil es comprender cuánto ese gas facilita la digestión del agua sulfurosa, que no tiene rival en Europa.

El análisis ha demostrado que esa agua contenía los gases siguientes por litro:

Gas ácido carbónico libre.	97 »»
— ácido sulfúrico.	24 75
— azoe.	41 »»

La composición química de estos gases inspiró al doctor Niepce, inspector del establecimiento termal, la idea de utilizar los gases bajo la forma de inhalaciones. Antes había observado que algunos enfermos que usaban las aguas para ciertas enfermedades cutáneas, sanaban de algunas afecciones del pecho. Por sus indicaciones, el propietario, M. Bouvret-Rocour, mandó construir una sala adonde llevaron los gases de la fuente. Al tercer año tuvieron que construir tres salas más, y el número de enfermos crecía tanto, que no bastaban. Entonces el propietario hizo construir un edificio especial con siete espaciosas salas de inhalación (véase el dibujo).

Este edificio comunica con la galería de cristales.

Por un elegante peristilo se entra en un vasto vestíbulo adornado con pinturas. A la izquierda se encuentra una de las siete salas que tiene, como las demás, 5 metros 70 centímetros de altura, con 7 metros de ancho y 6 metros de altura.

Las ventanas tienen 3 metros 50 centímetros de altura, á fin de facilitar la renovación del aire. Las otras seis salas, tan grandes como esta, pueden contener cada una 50 enfermos, pues su capacidad de 250 metros cúbicos garantiza sus buenas condiciones higiénicas. En medio de cada sala hay una fuente con un surtidor y varias conchas sobrepuestas. El surtidor derrama el agua en forma de lluvia. En esa caída el agua sulfurosa suelta los gases que contiene, y la atmósfera de la sala está tan impregnada de principios sulfurosos, que una moneda de plata se pone negra en algunos minutos.

El modelo de esta sala obtuvo en la Exposición de París de 1855 una medalla de segunda clase. Este método de tratamiento imaginado por el doctor Niepce, fué adoptado por otros establecimientos termales, y atrae todos los años á Alleverd más de 3,000 bañistas. Constituye el tratamiento principal en las bronquitis, laringitis y faringitis crónicas, y es el único tratamiento para la tisis.

A sus instalaciones debe Alleverd su boga. En el día de hoy se ven allí enfermos de todas las naciones europeas. B. N.

¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuación. — Véase el número 1,020).

— ¡Engañada! ¿Creeis que yo no veo como en un espejo mágico todo lo que pasó? Carolina Montfort, vos nunca me habeis amado; no habeis sabido nunca lo que es amor. Lanzada de repente en medio de los placeres del mundo, en la embriaguez que produjo en vos el efecto de vuestra misma belleza, mi sombría imagen fué desvaneciéndose gradualmente como un pálido fantasma, en aquella atmósfera de flores y esplendor, al aliento de la lisonja. Entonces se presentó el marqués, un primo que debía gozar el privilegio de intimar con vos, de visitaros, de acompañaros en vuestros paseos á caballo, de bailar con vos, de sentarse á vuestro lado en los salones, de llamaros « Carolina. » Era solo vuestro primo, pero los primos se tratan como hermanos en la cariñosa casa de Vipont. Sin embargo se empezó á murmurar y las jóvenes solteras os tenían envidia. « Es el mas ventajoso partido de Inglaterra ese lord Montfort con su hermoso rostro » exclamaban. Y vuestra madre, cuando dijo: « Esperad un año » había ya pensado en el primo, y abrigaba ya proyectos seducida por su corona de marqués. Yo estaba lejos de vos, ni aun podía escribiros, y la ausencia siempre produce efectos cuando hay un primo presente. Me parece oír á vuestra madre hablaros de mí, me parece escuchar de su dulce voz esos elogios que hacen tanto daño: « ¡Otro nuevo discurso de vuestro hábil admirador! ¡Oh! es un hombre de mucho talento, pero los hombres de su clase solo piensan en los *blue-books* (1) y en la política. »

(1) *Blue-books*, libros de las sesiones del Parlamento.

Y vuestro primo se declaraba á vos, y vos deciais con un suspiro: « No, he ofrecido mi mano á Guy Darrell; » y vuestra madre decía: « Milord, esperad, no desmayéis, sois su primo. » Y desde entonces la dulce Mrs. Lyndsay hacia penetrar en vuestro oído las insinuaciones que debían envenenar vuestro corazón. Inventó una fábula para indisponerme con vos, y vos exclamais: « Eso no es verdad; hasta que no me lo probeis yo guardaré la fe prometida á Guy Darrell. » Entonces se hace este convenio: « Si la historia es falsa, el primo se retirará, y si es verdad, os portareis como una hija obediente. ¡Ah! Vuestro pobre primo tiene despedazado el corazón. Un abogado de cuarenta años debe tener el corazón como un pergamino. » ¡Ah! De ese modo fuisteis engañada. Vuestra carta no explicaba de qué medios se valieron, pero eso importa poco. Basta con saber que si vos me hubierais amado, aquellas calumnias no hubieran hecho mas que aumentar vuestro amor. Disteis crédito á aquella historia porque os complaciais en creerla. Se trató del asunto en una reunion de amigos de confianza donde todo quedó acordado, y luego se cerró el trato en la capilla de un embajador. ¡Digna venta! ¡el corazón de una coqueta por la corona de un maniquí! Cuatro dias antes de que espirase el plazo exclamaba yo lleno de entusiasmo: « ¡Cuatro dias nada mas! » Los periódicos estaban sobre mi mesa. Tres columnas consagradas al discurso que había pronunciado Guy Darrell la noche anterior; una columna mas para expresar el efecto de sus palabras sobre un senado y sobre un imperio; y dos líneas, solo dos líneas ocupaba la sentencia que arrojaba á Guy Darrell de la sociedad de los hombres. « Enlace de personas de alto rango. — El marqués de Montfort. Carolina Lyndsay. » ¡Y el sol no se hundió sobre la tierra! ¡Oh! desenlace vulgar de una frívola novela. Esas son cosas que en el mundo se ven todos los dias. Las jóvenes tienen el privilegio de alimentar las esperanzas de un hombre y ofrecer á otro su mano. ¿Es ese un pecado tan imperdonable? preguntais con ingenua sencillez. ¡Lady Montfort, reflexionad! ¿Qué era para mí la vida antes de que yo la contara á vuestra ternura? Un arrenal estéril, por el cual caminaba triste, solitario; para mí no tenía ningun valor. ¿Pero qué era mi vida para los demás? Era una vida consagrada á la beneficencia, activa para consolar las penas de los desgraciados. Vos habeis paralizado esa vida que consagraba á los demás, habeis cometido una falta mayor que si solo se tratara de una simple infidelidad amorosa. Y ahora os atreveis aun á preguntar: ¿Puedo volver á ser la Carolina de otro tiempo?

— Yo no pido nada, ni aun perdon, dijo aquella infeliz mujer. Podria haceros ver que me juzgais mal, podria aminorar mi falta á vuestros ojos; pero no, no lo haré.

La voz de Carolina denotaba una desesperación tan profunda que Darrell separó de ella bruscamente su mirada como si temiera vacilar en su resolución al contemplar las lágrimas de la mujer que había amado. Lady Montfort emprendió maquinalmente su marcha alejándose de aquel sitio por el mismo camino que había seguido antes en dirección contraria.

Iban caminando en silencio uno al lado del otro, alejándose del lago, bajo él las ramas de los árboles despojados de hojas. Ya no se escuchaba el sonido de la flauta, el aire se había convertido en frío y penetrante. Por último llegaron á la puerta y vieron el modesto vehículo que la esperaba. Ambos se detuvieron involuntariamente, ambos comprendieron que iban á separarse, quizás para no volverse á encontrar en el mundo. A pesar de todo lo que se habían dicho, ¡ay! ¡cuántos sentimientos se agitaban en sus corazones, que sus labios no se atrevían á expresar!

— Lady Montfort, dijo por último Darrell.

Al oír su nombre lady Montfort, se estremeció.

— Os he hablado con rudeza, con rigor...

— ¡No, no!

— Pero era el último ejercicio de un derecho al cual renuncié desde ahora para siempre. He hablado á la que fué en otro tiempo Carolina Lyndsay; ahora debo algunas palabras mas corteses á la viuda de lord Montfort. Aunque me habeis hecho mucho mal, mal irreparable, no puedo menos de reconocer en vos cualidades con las cuales podriais haber labrado la felicidad de un hombre á quien hubierais amado en realidad, á quien no hubierais engañado nunca, la felicidad que yo esperaba alcanzar de vos.

Carolina sacudió la cabeza con impaciencia, con expresión de dolor.

— Yo sé que en aquel enlace tan inconveniente, en medio de todas las tentaciones á que está expuesta la belleza rodeada de aduladores, vuestra conducta ha sido irreprochable. Olvidad al pobre viejo que solo puede pensar en la muerte.

— ¡Callad! ¡callad! tened piedad de mí.

— Conozco que he sido injusto, y ya estoy arrepentido, al suponer en vos intenciones que no podeis alimentar de modo alguno, al proteger á la pobre niña amada por Lionel; os doy gracias por vuestra protección, aunque me niego á conceder á mi joven primo mi aprobación. Sea cualquiera el origen de esa niña, me complazco en saber que aquella á quien Lionel ama no tiene nada que temer de un miserable como yo Jasper. Un momento. Esperad. Una palabra mas... Me cuesta mucho pronunciarla. Sed dichosa. Yo no puedo perdonaros, pero puedo bendeciros. Adios para siempre.

Cuando Carolina pudo contener la violencia de sus

sollozos, Darrell mas turbado por aquel movimiento de ternura que por su cólera, ya se había perdido en la espesura de un bosquecillo próximo, haciendo crujir los arbustos por entre los cuales se abría paso, y confundiendo el ruido de sus pisadas con el trémulo susurro de las secas hojas, al volver á enderezarse las ramas.

II.

Quando empezamos á reponernos de un violento sacudimiento moral, se apodera de nuestro espíritu una calma extraña, y la atmósfera que nos rodea se ilumina con una serena claridad que nos espanta. Durante el momento de nuestra lucha con el dolor no conocemos la extensión de sus estragos. Cuando no tenemos que contrarrestar el ímpetu de la tormenta y solo nos ocupamos en contemplar sus efectos, nuestra alma se asemeja á una llanura devastada por el huracán, á un campo de batalla al otro día del combate.

Carolina comprendía toda la inmensidad de su miseria; en todo encontraba las señales de su desolación: en el pasado, en el presente, en el porvenir. Es extraño cómo en tales momentos se presenta á nuestros ojos toda nuestra existencia.

Segun una superstición muy general, sucede lo mismo en el momento de nuestra muerte; ante nuestra vista pasa como un panorama todo lo que hemos hecho durante nuestra vida en el momento en que nuestra alma va á devolver á la tierra su despojo mortal. Hay ciertamente, antes de llegar á ese trance, algunas horas en que se produce ese fino sueño, como para hacernos ver que si nuestra memoria fuese siempre activa, el tiempo no existiría para nosotros.

Ante esa mujer, que á pesar de la justicia de las crueles reconveniones de Darrell, tiene bastantes atractivos para justificar el sentimiento que le ha causado su pérdida, ante esa desgraciada mujer, se presenta la imagen de su pasado, en aquel momento crítico de la vida, en que las nieblas de la mañana nos impiden distinguir nuestro camino, y sin embargo, la elección de la senda que hemos de elegir decide de nuestro destino.

Si, tenía disculpa; pero no quiso presentar sus excusas al juez que la había sentenciado, y este no las había apreciado en su justo valor, cuando en medio de su dolor y de su cólera quiso examinar su causa.

Mrs. Lyndsay, la madre de Carolina, era una de aquellas madres que adquieren una influencia extraña sobre sus hijas por la reunion de un carácter cariñoso y una voluntad inflexible. Nunca perdía su sangre fría, nunca se separaba de su objeto. Era de una naturaleza débil, delicada, lánguida, que á la menor contrariedad hubiera caído desfallecida.

Tenia muy buen sentido, mucho conocimiento del corazón humano, un egoísmo refinado, una ambición extremada, un alma insensible; pero al mismo tiempo su trato era tan ameno, tan gracioso, su despotismo tan seductor, que fascinaba á las personas que vivían con ella. Solo fracasó uno de los proyectos que formó en su vida. Cuando Darrell, rico por su profesión y por la herencia de aquel pariente de la India, entró en el Parlamento y alcanzó una reputación sólida, Mrs. Lyndsay concibió la idea de apropiarse aquellos honores y aquellas riquezas por medio de un segundo himeneo. Como en vida de Mrs. Darrell había vivido tan largo tiempo en su casa, entre ellos se estableció una intimidad de parientes cercanos; con sus dulces maneras se captó el afecto de sus hijos, y después cuando la muerte de Mrs. Darrell la obligó á abandonar aquella casa, encontró una excusa en el cariño que Matilde sentía tanto por ella como por Carolina, para encontrarse mas frecuentemente que antes delante de Darrell, y ser consultada por él mas á menudo que cuando residía en su casa.

Darrell confió á Mrs. Lyndsay la proposición que le había hecho la anciana marquesa de Montfort, acerca de un enlace entre el nieto de aquella señora y su hija. Aunque la casa de Vipont era opulenta, entre sus antiguas máximas tenía la de que sus riquezas se disiparían si no se renovaban perpetuamente. Cada tercera generación, todo lo mas, la casa tenía el deber de enlazarse con una rica heredera.

La hija de Darrell tenía justamente diez y siete años, si él quería podía ser una heredera incomparable, la marquesa no podía encontrar en todo el Reino Unido otra mas de su agrado. La proposición de la venerable gran señora complació en extremo á Darrell como era natural. Seria indudablemente una felicidad para su antigua raza extinguirse en una casa que era una institución del imperio, y resucitar como el ave fénix en una línea de pares que perpetuarían el nombre de la heredera añadiendo á los suyos sus cuarteles, y firmando Darrell Montfort.

Darrell decía entre sí: « En una palabra, semejante enlace hubiera agradado á mi pobre padre. »

Aquel matrimonio no era del agrado de Mrs. Lyndsay. Si Darrell daba á su hija la mayor parte de su fortuna, no sería ya para ella un partido tan ventajoso. Tampoco le convenia que Matilde se casara tan pronto, porque era el lazo que mas fuertemente ligaba á Fulham con Carlton Gardens. Mrs. Lyndsay seguía una regla magnífica que con el mayor respeto recomendaba á las señoras que codician popularidad y poder.

Nunca hablaba mal de aquellas personas á quienes quería hacer daño. Nunca habló mal á Darrell del

marqués, pero hizo su alabanza de tal modo, que Darrell se alarmó. Debía conocer bien al joven par, porque pasaba largos ratos con la marquesa, que gustaba mucho de su buen trato.

Hasta entonces Darrell solo conocía al jefe de la casa de Vipont como un joven bien parecido y demasiado modesto para desplegar sus labios. Pero habiéndole examinado mas detenidamente con vivo interés, conoció que ni por su corazón ni por su talento podía hacerse apreciar, y Guy Darrell tuvo la audacia de rechazar, aunque con la mayor cortesía, la idea de ingerir la última planta de su raza sobre un tallo tan endeble.

Aunque como la mayor parte de esos hombres muy ocupados y muy amantes, no conocía los defectos de sus hijos, ó de las personas á quienes amaba, hasta que aquellos defectos no podían menos de llamar la atención, comprendió que el único medio de hacer de Matilde una esposa fiel y dichosa, era unirla con un hombre que pudiera inspirarla á la vez confianza y respeto. Temblaba al pensamiento de unirla con un hombre cuyo rango la expusiera á todas las tentaciones del mundo elegante, y cuyo carácter la dejase sin un guía, ó sin un protector.

El marqués que obedecía por hábito á su abuela, y que dió apáticamente su consentimiento para entablar aquella demanda, manifestó la mas viva emoción cuando supo que había sido rechazada su mano.

Aquel hombre á quien nadie hubiera creído capaz de una pasión tan violenta como el odio, al sentir aquella pequeña herida hecha á su amor propio, sintió en su corazón el odio mas violento. Hubiera dado la mitad de sus riquezas por vengarse de Guy Darrell.

Mrs. Lyndsay se esforzó por consolarle y la marquesa agradeció mucho aquella prueba de interés. En el curso de sus conversaciones Mrs. Lyndsay encontró el medio de dejar en la imaginación de lord Montfort el germen de un proyecto que mas tarde tuvo ocasión de realizar.

— Hay una clase de mujeres, mi querido Montfort, dijo aquella amable señora, que puede aumentar vuestra importancia; debéis casaros con una beldad, porque no hay nada mas semejante al esplendor de la majestad real que el de la belleza.

El jefe de la casa de Vipont movió la cabeza en muestra de aprobacion; pareció entregarse á graves reflexiones durante algunos momentos, y despues, á propos de bottes (1), pronunció esta palabra misteriosa: Zapatos.

No es fácil calcular de qué extraño razonamiento se valió el jefe de la familia de Vipont (2) para llegar á los pies. Lo que puedo asegurar es, que desde aquel momento Mrs Lyndsay fijó toda su atención en el calzado de Carolina.

Con todos estos antecedentes de los proyectos de aquella señora, fácilmente podrá concebir el lector cuán mortificada quedaria cuando Darrell, en vez de ofrecerla su mano, solicitó la mano de Carolina.

Casándose ella con Guy Darrell, y su hija con el marqués de Montfort, Mrs. Lyndsay hubiera llegado á figurar como un gran personaje en la alta sociedad. Pero tener que renunciar á ser la esposa de Darrell, perdiendo al mismo tiempo á lord Montfort, era para ella un suplicio intolerable. No pudiendo rechazar bruscamente la proposición de aquel hombre de tan elevada posición, á quien debía tantos favores, adoptó una política tan hábilmente concebida como prontamente adoptada.

Al imponer á Darrell aquel término de un año, procuró hacer resaltar su interés la abnegación de su amistad. ¡Exponer ella al mas noble, al mas generoso de los hombres á contraer un nuevo enlace que le hiciera desgraciado, comprometer por su imprudencia la dicha del hombre á quien debía todo lo que poseía! «Si, seria una imprudencia, añadía aquella perfida mujer, seria una imprudencia dejar que os comprometierais con una niña coqueta, porque Carolina es coqueta. M. Darrell, todas las niñas bonitas son coquetas á su edad.»

De aquel modo llegó á su objeto á pesar de toda la elocuencia de Darrell, y encubrió sus designios con la máscara de sus mas delicados escrúpulos y hasta pareció sacrificar todas las ventajas mundanas á la prudencia de sus altos principios de moral y su cariñosa vigilancia.

¿Cuál era el verdadero sentimiento que experimentaba Carolina por Guy Darrell? Carolina los comprende ahora al dirigir una mirada á su pasado. Ahora se contempla tal como era entonces; queria ser el consuelo y la alegría de aquella existencia solitaria cediendo al sentimiento de celestial piedad que atesoraba en su alma, á la respetuosa gratitud cada vez mayor que aquel hombre le inspiraba. ¡Amarle! ¡Oh! si, le amaba sincera, profundamente; pero aquel amor era el amor de una niña. Aun no se habia despertado entonces en ella el amor de la mujer. Alejada de su presencia, lanzada de repente en el gran mundo... ¡Oh!

(1) A propósito de botas, frase francesa que emplea el autor jugando con las siguientes palabras de una pronunciación semejante en dicho idioma: *bottes* (boots en inglés), *botas* y *beauté* (*beauty* en inglés) belleza.

(2) Lord Montfort es designado en este párrafo del original por medio de esta simple palabra: *the Head*, cabeza, jefe, lo cual da lugar á otro gracioso equívoco intraducible.

Darrell había recargado los colores de aquel cuadro; pero en él había representado la verdad.

Sin embargo, no tuvo en cuenta la inevitable influencia que una madre como Mrs. Lyndsay debía ejercer sobre una joven sin experiencia, tan sencilla, tan ingenua, tan obediente. El no comprendía, ningun hombre lo hubiera comprendido, la astucia de aquella mujer.

La amable Mrs. Lyndsay, cada vez estrechaba mas entre sus redes á los dos primos; por último, un día Carolina, que hasta entonces solo había considerado á aquel joven de bella figura y pocas palabras, como al jefe de su familia, el cual con sus atenciones alejaba de ella á todos aquellos admiradores que podían haber inspirado celos á Guy Darrell, oyó con sorpresa que su madre le decía que era la mas insensible coqueta, y el pobre Montfort, el mas cruelmente tratado de los hombres.

Al mismo tiempo Jasper Losely, bajo su falso nombre de Hammond, hizo salir á su esposa de la ciudad francesa que había elegido para su residencia desde su enlace, llevándola á Paris para que viera á mistress Lyndsay y á Carolina, y solicitase su influencia para obtener el perdón de su padre.

Matilde supo bien pronto por Mrs. Lyndsay, que afectó el mayor candor, el compromiso que existía entre Carolina y Darrell, y lo puso al punto en conocimiento de Jasper, que se alarmó vivamente como era natural. De su reconciliación con Guy Darrell, Jasper esperaba un resultado práctico, positivo, no la simple adición de un sentimental perdón á la pensión de setecientas libras anuales que acababa de obtener, sino la restauración de todos los derechos y esperanzas de Matilde, con la cual se había casado en la creencia de que era una heredera. No había renunciado á la idea de que tarde ó temprano, Darrell escucharía la voz de la naturaleza, y nombraría á su hija heredera de todos sus bienes; pero para que la voz de la naturaleza pudiera hacer buen efecto era preciso que no tuviera que abogar por otro hijo. ¡Si Darrell volvía á casarse y á tener hijos, qué horrible dilema para la voz de la naturaleza! Jasper no tardó en descubrir que el compromiso entre Carolina y Darrell no era menos desagradable para Mrs. Lyndsay, y entonces se convino en los medios que era preciso adoptar para romperlo.

Matilde sirvió al principio de instrumento para conseguir aquel objeto. Matilde no hizo ninguna reconvencción á Carolina, pero lloró. Si Darrell llegaba á casarse, no volvería á ser admitida nunca en la casa de su padre, sus hijos se verían reducidos á la miseria.

Mrs. Lyndsay explotó aquellas lamentaciones con su habilidad. ¿Podía creer Carolina que no seria culpable de la mayor vileza, de la mas negra ingratitud, si despojaba á su amiga del patrimonio que de otro modo recaería en Matilde con el perdón de Darrell? Aquella idea era muy penosa para los elevados sentimientos de Carolina; pero nada podía quitarle la convicción de que mayor dolor causaria al corazón que confiaba en ella si llegaba á quebrantar la fe prometida. La intriga fraguada contra el ausente procedió paso á paso. Mrs. Lyndsay poseía hasta la perfección el arte de insinuar dudas.

¿Guy Darrell, un hombre de mundo, un frio letrado, un político absorto en los negocios, había de morir de amor por una niña? No, únicamente las jóvenes, y mas particularmente los jóvenes que no tienen ese talento notable, son los que mueren de dolor por tales bagatelas. Montfort si que seria capaz de morir de desesperación si recibía un desengaño.

El bueno de Guy Darrell solo había hecho aquella proposición cediendo á un sentimiento generoso.

— En tu lenguaje y en tus maneras sencillas, querida hija mia, hay cierta cosa que le ha hecho creer que le amas, y ha creído que era un acto de caballerosidad declararse. ¡Oh! el tiene una imaginación caballeresca. Pero yo creo que á estas horas está arrepentido, comprendiendo que seria una locura semejante enlace, y se alegraría mucho de que antes de terminar el año terminara su compromiso que tú hubieras dispuesto de tu mano, fueras dichosa con otro, etc., etc.

El drama avanzaba. La salud de Mrs. Lyndsay se alteró visiblemente, volvió á ser molestada por la tos, no podía dormir, un disgusto secreto emponzoñaba su existencia. Carolina la suplicó que le hablase con franqueza, y mientras derramaba lágrimas de compasión en el seno de su madre, esta empezó á hacer algunas insinuaciones acerca de Darrell, aunque afectando la mayor indulgencia por su conducta como si experimentase mas bien lástima de su debilidad que indignación por su perfidia.

Carolina se levantó llena de indignación, estremeciéndose al sentir su orgullo ultrajado.

— ¡Oh! ¡Si eso fuera verdad! exclamó, todo acabaría entre nosotros. Pero eso no es verdad. Quiero que se me den pruebas.

— Pero, hija mia, yo no puedo mezclarme en asunto tan delicado. Yo no puedo prestar mi ayuda para que quede roto un matrimonio tan ventajoso para ti, á menos que tú no me prometas que en caso de rechazar á M. Darrell aceptarás á tu primo. En mi delicado estado, el pensamiento de dejarte en el mundo sola y materialmente sin un penique, me mataría.

— ¡Oh! Si Guy Darrell me engaña (aunque eso es imposible), si me engaña, haré todo lo que queráis; obedeceros y complaceros será mi último consuelo.

Todo estaba preparado para el desenlace final. Mis-

tress Lyndsay no hubiera ido tan lejos sin tener los medios de cumplir su objeto, y aquellos medios no había vacilado en obtenerlos del vil marido de Matilde.

Jasper, en esta visita á Paris entró en relaciones con aquella aventurera que acabó de corromper su perverso corazón, y que el lector ha visto cruzar como una sombra en nuestra narración. Gabriela Desmarests, que estaba entonces en todo el esplendor de su juventud, solo era notable por los admiradores de su belleza, á quienes había arruinado, y el lujo insolente que desplegaba á expensas de sus víctimas.

Cautivada por las bellas prendas físicas de Jasper, asoció su fortuna á la de aquel hombre. Gabriela era una de esas encarnaciones del mal que únicamente pueden producir en Paris, esa ciudad viciada por el refinamiento de los placeres, hasta la mas cinica corrupción.

Tenia un gran talento, era extremadamente astuta, capaz de tomar una parte activa en cualquier complot; y cuando queria sabia aparentar la dignidad y el candor de la señora de alta clase, hasta el punto de engañar al mas experimentado.

Jasper presentó á su mujer, que no sospechaba nada, á aquella artista, como una viuda de alto rango que debía marchar en breve á Londres, donde podría ver á M. Darrell, intercediendo con él en su favor. Matilde cayó en el lazo. La francesa fué á Londres con un nombre y un título supuestos, y criados de toda su confianza.

Tal era (ya lo habrá comprendido así el lector) la elocuente baronesa que defendió ante Darrell la causa de su arrepentida hija. La vil parisiense tenia gran confianza en sus artificios y sus encantos para hacer olvidar á Darrell por un momento la fe que había prometido á otra.

Pero no habiendo tenido buen éxito sus tentativas, creyó que podría lograr su objeto haciendo creer que había conseguido lo que se proponía. Siguiendo este plan, escribió á una de sus amigas de Paris varias cartas, en las cuales decía que había encontrado un admirador muy rico, un celebre político inglés, al cual debía su establecimiento, etc. Despues hacia alusiones en términos satíricos, al compromiso que aquel personaje había contraído con la joven y hermosa inglesa que hacia entonces tanta sensación en Paris, y representaba á su admirador como arrepentido por aquel compromiso y con deseo de librarse de su cumplimiento.

Aunque no hizo mencion de los nombres, Jasper presentó á Mrs. Lyndsay aquellas cartas (diciendo que la persona á quien iba dirigida se las había transmitido á uno de sus alegres amigos) y manifestó que su evidencia contra Darrell seria completa si Mrs. Lyndsay ó alguna otra persona cuya veracidad no pudiera Carolina poner en duda, corroborasen las aseeraciones de las cartas, para lo cual bastaria que vieran á Darrell entrar ó salir de la casa de una persona cuya conducta era tan conocida.

Mistress Lyndsay, que con su habilidad consumada salvaba su dignidad afectando no ver los artificios de que era cómplice, declaró que, tratándose de una indagación para la cual era preciso penetrar en la vida privada de un hombre tan eminente, y á quien tanto tenia que agradecer, no queria fiarse de nadie; preferia mejor ir ella á Londres.

Conocía de vista á aquella mujer odiosa, pero fascinadora, como todos los concurrentes á la Opera y al bosque de Boulogne. Jasper dijo que la parisiense saldría al balcon cierto dia y á cierta hora, en cuyo momento Darrell llamaria y seria admitido. Mrs. Lyndsay declaró que aquella prueba seria suficiente.

A pesar del estado delicado de su salud, emprendió al punto aquel viaje, porque decía que queria convenirse por sus propios ojos de una acusación, que, si era verdadera, debía ejercer grande influencia sobre la conducta y el destino de su hija.

Mrs. Lyndsay, fué, pues, á Londres, vió en el balcon á Gabriela Desmarests, vió á Darrell entrar en su casa; y á su regreso á Paris, armada de su testimonio y de las cartas que Jasper le había dejado, trabajó sobre el ánimo de su hija, y al dia siguiente el marqués de Montfort quedó admitido.

Pero el año de prueba de Darrell estaba próximo á espirar; cualquier dilación podia ser peligrosa, toda explicación seria fatal, y por consiguiente era preciso evitarla.

Aquel proyecto de boda no podia permanecer mucho tiempo en secreto; Darrell podia oír hablar de él y presentarse, y los ambiciosos parientes del marqués no dejarían de acudir si llegaba á sus oídos la noticia de aquel enlace para trabajar por evitarla.

Lord Montfort, que estaba atemorizado por Carr, y experimentaba un terror extraordinario por su abuelo, no manifestaba menos deseo que Mrs. Lyndsay de que el proyecto permaneciera en secreto hasta llevarse á efecto con la mayor brevedad.

De este modo triunfó Mrs. Lyndsay, aprovechándose de la excitación que perturbaba el juicio de su hija, arrastrándola á un acto de locura para librarse del tormento de la reflexión; así fué arrastrada la infeliz Carolina á aquella espléndida boda.

El marqués alquiló una quinta en los deliciosos alrededores de Fontainebleau, para pasar la luna de miel: aquella luna estaba aun en su principio, cuando el marqués dijo para si:

— Yo no encuentro la miel que esperaba.

Cuando se acercó por la primera vez á Carolina, atraído por su belleza, Carolina gozaba de una viva



Cocina ambulante de vapor para el ejército.

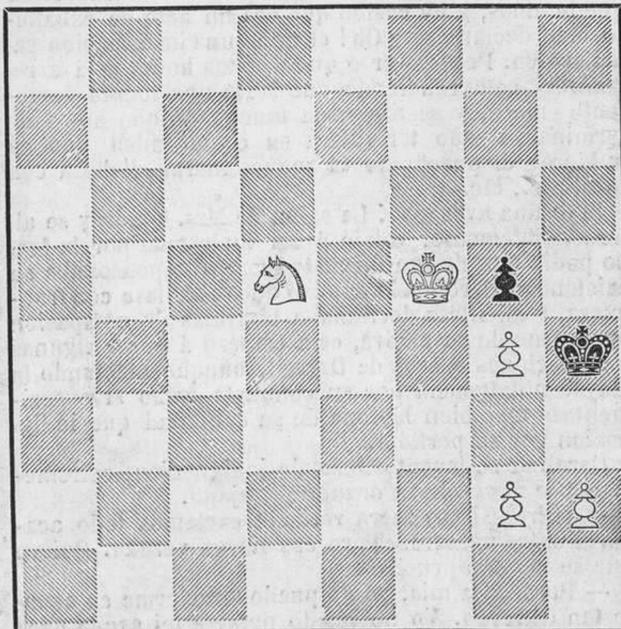
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 364.

1 C 4ª R 2 T 6ª AR 3 P 3ª A 4 P 4ª AR 5 T 6ª Ra
 R. R. R. jaque R. jaque

PROBLEMA NÚMERO 365, POR M. H. R. AGNEL.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

Cocina ambulante de vapor

PARA EL EJÉRCITO.

El dibujo que damos en esta página representa una innovacion proyectada por el ejército francés, y que tiene probabilidades de ser adoptada.

El empleo de la cocina de vapor es, pues, facultativo, y si hay batallones que la tienen, otros continúan con el antiguo sistema.

Hé aquí su descripcion :

Situada en una platina ordinaria, se compone de cuatro marmitas y de una especie de horno para los asados. Las marmitas se encuentran en los cuatro ángulos de la máquina, cuyo centro queda libre. Es el puesto para los cocineros.

Por ambos lados hay mesetas para las cazuelas que se ponen ahí á medida que las llenan los cocineros. Delante hay un cajon para los utensilios culinarios, y por detrás un molino de café.

Diremos, para concluir la descripcion, que dirige esta máquina un soldado mecánico, y que los hombres que operan entre las cuatro marmitas son lisa y llanamente los rancheros de servicio.

La platina que sostiene la nueva cocina de vapor tiene un tiro de dos caballos del tren en Paris, y de cuatro en campaña.

En este aparato, que ocupa tan reducido puesto, se puede hacer rancho para un batallon de 500 hombres, y sin dejar de andar, de modo que el soldado cuando llega á la etapa, rendido de fatiga, no tiene mas que alargar la cazuela y recibe el rancho.

No cabe duda que la ventaja es incontestable.

Sin embargo, las mejores cosas tienen sus inconvenientes: hé aquí el de esta invencion : en tiempo de guerra bastará una bomba para que un batallon entero se quede sin rancho, en tanto que, con el antiguo sistema, volcada una marmita, no habia mas que una escuadra privada de alimento.

L. C.

alegría, era aun muy niña para sentir la ausencia de Darrell; en la ciega confianza de su futura union, gozaba del espectáculo que le ofrecia aquel mundo brillante y nuevo para ella, y se abandonaba á la viveza natural de su carácter.

Aquella viva alegría deleitó el marqués, y se creyó engañado cuando vió que habia desaparecido. Carolina se mostraba amable, dulce, sumisa; pero aquellas cualidades, aunque de un orden mas elevado que la alegría inmoderada, no le seducian. Por otra parte, la esterilidad del talento y de sentimiento del marqués no se hizo patente á Carolina hasta que le observó frente á frente en la vida conyugal.

Un jóven bien parecido, de buenas maneras, que monta bien á caballo, baila bien y habla poco, puede pasar en cualquier sociedad por un jóven tímido y sensato. Pero cuando llega á ser tu compañero por toda la vida, y adviertes que cuando habla no tiene una idea ni un sentimiento, ¡ay! ¡ay de tí pobre desposada, si has conocido alguna vez el encanto de la inteligencia ó la dulzura de la simpatía!

Sin embargo, Carolina, dominada por otro sentimiento, no se quejaba por este motivo, no comprendió inmediatamente lo insipido que era su compañero.

El era el que se quejaba. Cuando comprendió la superioridad de la inteligencia de su mujer se creyó humillado. Un incidente que tuvo lugar no muchos dias despues de la boda, convirtió la indiferencia que iba experimentando por su mujer en una aversion profunda.

Lord Montfort, al entrar un dia en la habitacion de Carolina, la encontró en el suelo privada de sentido, con una carta abierta á su lado. Llamó á su doncella para que le socorriera, y usando de su privilegio de esposo, leyó la carta que habia producido aquel desmayo. Era de Matilde, y parecia escrita en un estado de febril desesperacion.

(Se continuará).